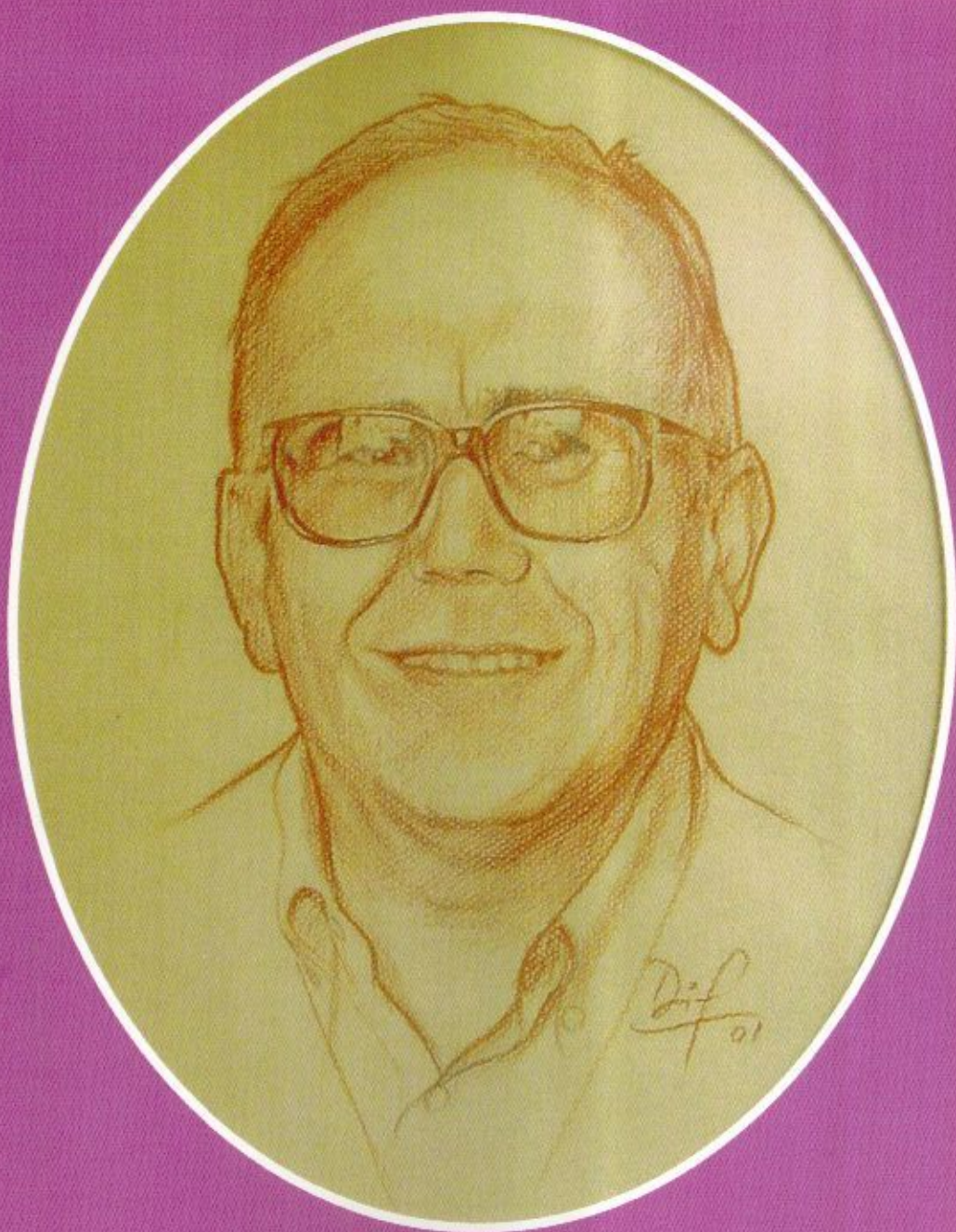




MANOLO RAMÍREZ
y la REVISTA

VIVIR EN CONSTANTINA



Sana envidia de aquellos, vosotros, que podéis vivir aquí, en nuestro pueblo. Cada vez que comento lo que daría por poderlo hacer —el exilio del trabajo, aunque se trabaje a gusto, es tan exilio como otro cualquiera— hay opiniones para todos los gustos: Desde los que sonríen beatíficamente pensando, por uno, en el tópico de lo corto que es el verano y lo larguísimo que se hace el invierno, hasta aquellos que espantan los ojos, enarcan las cejas y se piensa para su caletre que uno está como una chiva o no sabe dónde quiere meterse.

Pues quiero meterme, soñaría con meterme —y ojalá que una jubilación sin achaques pudiera permitírmelo— en este sitio que tan bien me sé y mejor conozco, por muy corto que sea el verano y por muy larguísimo que fuera el invierno; por mucho frío que pudiera pasarse cuando todavía no despuntó la primavera o por mucho que llueva cuando el otoño empieza y no quiere terminar nunca.

No me asombra que no me comprendan en la ciudad, porque en la ciudad, los que aquí viven y aquí nacieron, tienen una idea bastante estereotipada de los pueblos: casitas perdidas entre el verde de los campos, lugareños de garrote y boina asustados de casi todo; lo que llaman catetos sin saber, ay, que donde



El agua por los canalones cuando se recorta la torre en cielos grises

más catetos hay del universo mundo es en aquello que llaman ciudades.

No me asombra, ya escribo, de los forasteros el que se asombren de que quiera vivir aquí, en Constantina; me asombra de algunos paisanos, precisamente de los que aquí viven y que seguramente así hablan porque, tenien-

do el cielo tocándolo con las manos, les pasa como a los sacristanes de las parroquias: que no calibran la importancia de los santos de tanto ir y venir por entre ellos; que quizás no entiendan nunca que Adán y Eva echaron de menos el Paraíso cuando de allí los echaron...

A unos, los que sonríen beatíficamente creyéndome un flipado; a otros, los que se asombran tanto como yo me asombro de su asombro; a unos a otros y a los de más allá les digo lo que siento y lo que me gustaría sentir: El agua por los canalones cuando se recorta la torre en cielos grises; la chicharra por el verano; el eucalipto de la carreterita de Cazalla; la alegre tristeza de mis Nochebuenas, los campanilleros por la madrugá; la misa en las Jerónimas; el nueve de agosto de cada nueve de agosto; la ermita cuando no hay nadie más que el silencio y miro a Ella; el Castillo cuando vuela la siesta por los tejados; la Cuesta Blanca sabiendo a pino; el Cerro Luna, un perro que ladra, una campana que dobla, ¿por quién dobla la campana?; el murmullo de la Fuente de los Patos; la frialdad acariciante de un zócalo de zaguán; el campo de fútbol cuan-

do vamos ganando; la plaza cuando va llegando la música a los toros; la Alameda de mediados de agosto; Santa Ana en primavera; Carretería en flor; repiqueteo de los caños del Ladrón; el blanco, que ya quisiera el de busque-compare-y-compre, de nuestras Cuestas; Callemesones a mediodía; el azahar de Llanorsó; la Morería cuando el sol quiere irse y hasta le cuesta trabajo perderse tanta belleza; el Calvario que aquí nunca será calvario; el piar de los aviones por la Concepción; el rugir de coches por Callelpeso; el sabor espeso de las Bodeguetas...

Sentirme, meterme, respirarme, llenarme y seguir soñando. Si algún día me jubilo, buscadme aquí.

Manuel Ramírez Fdez. de Córdoba



PEPE ENRIQUE

Por MANUEL RAMÍREZ FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA

Fue la otra noche. Aquella en la que el párroco, quebrando un poquito la voz, que Dios, él y algunos sabemos lo que le ha costado llegar a ese día, leyó el Decreto de la Coronación de la Virgen, de, pocas veces dicho con más corazón que ahora, de tu Virgen, Pepe: de esa Virgen, lo sabe Amalia, que fue en postal hasta casi donde los vientos dan la vuelta para hacerse paloma en el correo y volar a tu casa, porque desde allí tan lejos me acordé tanto de Ella; de esa Virgen que llevaste a Cuba, poquito tiempo antes quizás metida entre el papeleo que bien preparaste por si allí pasaba lo que temías y querías al mismo tiempo que pasara: Que la Virgen, Pepe Enrique, te llamara para siempre, porque posiblemente le hacía falta allí, al lado, quien le pidiera a Dios, como tantos muertos nuestros, muertos de todos, que le echara una manita en esta fiesta del 15 de agosto histórica, irrepetible, grandiosa, en que un pueblo entero podrá partirse las gargantas cantándole vivas a su Robledo Coronada.

Te sobraron siempre los apellidos para que todos te conociéramos de sobra. Pocas veces un nombre dijo tanto como el tuyo decía. Y parecía que detrás de él andaba tu sonrisa, tus maneras, tu verte venir desde lejos y no tener más remedio que pensar para los adentros que se acercaba la buena gente: Pepe Enrique.

Fue la otra noche, con la Parroquia llena, con tu Virgen allí, en las andas cansadas de haberse recorrido mucho pueblo para que nadie se quedara sin verla, con las flores del día, con la emoción de siempre, que cuando nuestro párroco —¿qué tiene este cura que me hace recordar a los mejores que pasaron por nuestra Parroquia?— se quebró de voz y dijo

eso de Robledo Coronada, que a mí se me vinieron a los adentros los calambrazos de la emoción, de cuando pude escribir que podíamos ser tres —como ya somos, y hasta un poquito de cuatro— si Ella lo quería y lo quiso, aunque nos faltaba, a mí y a tantos aquella noche de domingo de Julio, despuntando todavía un verano, unas maneras y una sonrisa. Maneras y sonrisas que nunca necesitaron de apellidos para saberse de sobra de quienes eran esas sonrisas y esas maneras.



Cuando llegue el día quince, que cuando esto escribo todavía queda mucho calendario por delante, por el firmamento celeste de nuestros cielos se abrirá la ventana de toda esa Constantina que, como tú, y cada cual a su manera, quisieron tanto. Y aquí, con nosotros, los que estamos y los que vengan después, sonreirá una cara de Mujer Guapa cuando sienta sobre sus sienes el amor de todo un pueblo forjado en plata.

ROBLEDO, TENÍAS QUE LLAMARTE ROBLEDO...



Entre el artículo de nuestro entrañable Manolo Ramírez, siempre fiel a la cita de cada año, publicado en 1973, titulado TU PAGINA PAPA, y el que hoy traemos a estas páginas existe un cierto paralelismo, aunque de aparente signo contrario: En el primero, nostálgicamente se cantaba la ausencia definitiva de quien dio vida al autor; en el que ahora insertamos se canta, alborozadamente, la vida que él mismo transmite, teniendo como fondo uno y otro, una Virgen y una ermita, cuyo dibujo ilustraba aquel sentido trabajo, volviendo hoy a ilustrar, deliberadamente, y como lazo de unión entre ambos, el presente.

Porque fueron muchos años, muchos, años yendo allí, a esa antesala del cielo, frescor de patio, silencio de alma, que es la ermita, a mirarle a Ella a los ojos para pedirle cómo te deseábamos; porque fueron muchos días, muchos, soñándote desde el sueño infinito de tu sonrisa tan abierta como se abren las rosas en primavera y se abren los corazones al amor cuando se parten de tanto querer tanto; porque lo habíamos pedido muchas veces, muchas, desde el decir diciendo sin palabras cuando llegábamos, abrazábamos la reja que nos separaba de Ella, nos arrodillábamos en el granate bermellón del reclinatorio y bajaba de allí arriba, de encima del tronco del bendito roble, la mirada dulcísima que parecía decirnos siempre que todo tendría que llegar, que supiéramos esperar, que no perdiéramos nunca la esperanza, que siguiéramos soñando siempre con el cascabel de tu sonrisa; porque cada año cuando llegaban sus días grandes, cuando íbamos todavía vacíos de vuestros quereres cuando queríamos tanto, allí nos encontrábamos a Ella y bajábamos, mamá y yo, los ojos a su hijo para encontrar en su mirar de entonces lo que ahora buscamos y encontramos en tu mirar de ahora; porque queríamos y queremos, junto a tu hermano, Dios, que se llama Juan, tener todavía más argumentos que los que ya tenemos de sobra por la dicha de verla a Ella, para llegarlos cada agosto a seguir mirándola y sintiéndola por más que la emoción ahogue en nuestras gargantas el único y entrecortado Viva que nos sale de las entrañas; porque llamándote como te lla-

mas, así tendríamos y tenemos siempre su Nombre en la boca; porque es nombre que nos viene de antiguo, que sabe ya en nuestras sangres de otras generaciones de bondad y mirar sin esquinas, de tener bendita sonrisa para todos y mantener, por mas que más años pasen, la eterna lozanía que da seguir sintiéndose siempre niña; porque, ahora este año, cuando vayamos o ya hayamos ido allí, a su ermita, podamos mirarla frente a frente y decirle, como siempre, sin decir diciendo, que esto nos diste, lo que tanto y tanto te pedimos y aquí, Madre, óyeme, te los traemos, porque no otra cosa nos enseñaron y no otra cosa podemos enseñar nosotros; porque no otra cosa aprendimos en la edad en las que hay que aprenderlas y no otra cosa podemos enseñar en la edad en que hay que enseñarlas.

Por eso y por tantas cosas que me callo porque no sé cómo decirla aunque sí sepamos mamá y yo cómo sentirlas, tenías que llamarte, hija de mi alma, Robledo, para que cuando tengas uso de razón, y ojalá que pudiera aprender a leer en la revista de tu bendito pueblo donde tu padre disfrutaba tanto cuando escribe, y vayas a preguntarme por qué te pusimos este nombre, yo pueda hablarte, hija, de esto que escribí un día estallándome la satisfacción en el alma y quiera Dios que esa satisfacción nos redoble en estallido si tu no dijeras, con el orgullo de bien de buena «constantinera»: Gracias por llamarme como Ella.

Manuel RAMÍREZ FDEZ. DE CÓRDOBA

VAMOS, JUAN, A LOS TOROS

Por MANUEL RAMÍREZ FERNANDEZ DE CÓRDOBA

Fue tu debut, Juan, en fecha torera, siete de julio, San Fermín, cinco ilusiones vestidas de luces, un chaval de Las Navas, criado en la Macarena, entre los que querían ser toreros y tú y yo caminito de la plaza, dos tendidos de sombra, uno de niño, como si para mis adentros fuera tarareando, y fui tarareando el pasodoble que, cuando hay toros en Feria, nos acompaña por toda calle Mesones arriba, gato montés que corría atronando los últimos suspiros de la siesta y la penumbra pacífica de los zaguanes, hasta llegar por la fuente de la Alameda, dejando a la derecha los dos caños de la del Ladrón, y todo un río de chiquillos correteando al lado del músico de los platillos, cerca del bombo, pendientes de clarinete o deseando que la trompeta tocara el tarará de abrir la puerta de los chiqueros.

Dos tendidos, una de niño, tu primera entrada. En la reja de la taquilla, olor ya a tierra mojada de estar regando la plaza, maleta abierta con los tacos de las localidades, run run de aficionadillos asomándose por la entreabierta puerta de sol y caminito del callejón de la sombra, cuántas veces recorrido por mí y la primera por ti, para ir acariciando con el mirar todos los rincones de la plaza, nuestra plaza de toros, guardias civiles por la puerta, restos de entradas, como serpentinas y papelillos alrededor del portón y, a mano derecha, dejando la escalerita de los palcos, ¿todavía lleva Juan el búcaro, la colgadura, el bastón de mando y los pañuelos? Juan el de la Canita, Juan ya te hablaré algún día de Gabriela y el pan con chocolate de tardes de Castillo o mañanitas de Cazipesca al lado de las baratijas, a mano derecha, te decía, los tendidos.



Fue, Juan, como cuando entré la primera vez que ya ni me acuerdo pero que bien que la imagino. O cuando pude ir con quien tanto quise a un palquito hecho a la medida por un corazón que lo quiso tanto. Acariciando en el mirar todos los detalles, recreando los ojos en las cales de la solanera que relucían hasta doler de limpias, poyetes del tendido guardando como plancha de cocina, el calor de todo un día de buen sol desde sus asientos de pizarra los delanteros numerados con ese cable que separa del callejón como antes separaba del ruedo, ya no están los palos que servían para el telón del cine de verano, pero sigue en pie todo lo demás e, incluso, en la terraza de sol han puesto unas rajitas y ladrillos. Arriba, los

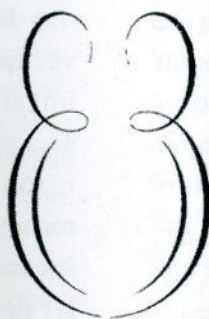
palcos; abajo, el olor inconfundible que mezcla los puros con la arena mojada, el sudor de los miedos con las ansias de las bocas secas y la brisa que levantan los capotes con el solo desplegarse desde los esportones.

Encima de toriles, el lugar para la música. En lo alto del todo, el pretil desde el que los más arriesgados se asomaban para ver salir los toros de los chiqueros, desde donde dicen que se vio cómo uno le arrancaba la pierna al Pipa, novillo que después torearía John Fulton cuando más que pintor era solo El Americano y se anunció como reclamo de la Base.

Fue pasando la tarde. Se bamboleaban los árboles de la Alameda, que tienen por fuerza que ser muy buenos aficionados, y, por la memoria, iba recordando nombres, toreros, fechas, carteles, charlotadas de El Hombre Gordo y el Doctor Flama, la música de El Empastre, las de veces que tu abuelo, Juan, me contó lo de Manolete, o el cómo vino un ciclón mejicano llamado Carlos Arruza, o los tres hermanos Girón, —César, Curro y Rafael—, o los Bienvenida, o como, mucho antes de todo eso, un

trianero de la calle Feria quiso anunciarse El Quincallero cuando tenía un nombre tan rotundo como el de Juan Belmonte. Se me iban y se me venían los recuerdos, como se me iban y venían las emociones porque, ya ves, Juan, cada cosa que contigo vivo la revivo de mí mismo como revivió tu abuelo lo que tanto vivió con tu bisabuelo, tantos juanes unidos por la sangre, Xaudaró y su perro le decían por ir siempre juntos, como debería querer Dios, y lo querrá, ya veras como sí, que ande el tiempo y tú también puedas seguir reviviendo lo vivido y lo contado como yo te lo cuento. Y que pueda seguir empezando la afición por esta vieja, añeja y querida plaza que cada año nos espera para que juntos todos lidiemos el bellísimo toro de los mejores recuerdos.

M. R. F. C.



Un día de la Virgen de todos y para todos

Hay, en los agostos radiantes que vivimos, treinta días para la concordia y uno solo para la discordia. Horita es, después de tanto y tanto tiempo, de recomenzar un camino sin bifurcaciones, que sea la misma vereda la que sirva para todos y que, después, quien no quiera andarla, que no pueda decir nunca —ni siquiera para engañarse a sí mismo— que fue por mor del calendario, de recuerdos que sólo quedan en nuestros más mayores, que más del ochenta por ciento de la actual Constantina no vivió y que aquellos que lo hicieron no quisieran haber vivido nunca como para que ahora, cuando nadie empuja a nadie para que tome decisiones religiosas desde la vara de mando de la política, se siga imponiendo una fecha que, con todos mis respetos a los que la recuerdan para bien —que son idénticos para aquellos que la recuerdan para mal, porque quiero un pueblo, mi pueblo, sin escalofríos y sin banderías— debe ser de todos y para todos por igual. De todos los que vamos a su ermita, Virgencita del Robledo, a mirarle a los ojos para hablarle sin palabras y también de aquellos que la desprecian.

Hay que buscar ese día. Hay fórmulas. Hay un calendario por delante que este año nos lo ha puesto en domingo y hay todo un año por medio para volver a plantearse —y tal como lo siento lo escribo— si merece la pena el empecinamiento, la dolorosa polémica, la pintada, el panfleto, la división, ay, entre buenos y malos, cuando entrando por esa antesala del Cielo, que es el silencio de su ermita todo se hermana y abraza.

Ahora mismo no hay ayuntamiento que imponga ni que atosigue, ni más razón que la sinrazón de parte y parte para no abrir de una vez para siempre la ancha calle por la que puedan andar esas dos Constantinas “—constantinero” que vienes al mundo, que ya no te tenga que guardar Dios, porque ninguna de ellas habrá de helarte el corazón— que un mal día de un mal año, en esa guerra que dicen que hubo, se separaron.

Estamos en un momento clave para que este sueño pueda y deba hacerse realidad. Tenemos ahí, al alcance de quien tenga facultades para hacerlo, la hora de terminar de cicatrizar una tan vieja como



profunda herida sin que se haga ni tenga por qué hacer más sangre en los sentimientos de todos ni deba pretender nadie monopolizar quereres o desamores.

Me sobraría que sólo hubiera un descontento para seguir pensando como pienso y en lo que pienso, porque el mismo respeto de las mayorías tienen las minorías en el reino de las almas. Sin exclusivismos, sin darle más vueltas de las precisas a algo que, si se quiere de verdad, —y no creo que las autoridades eclesiásticas vayan a poner el mínimo reparo— puede y debe hacerse.

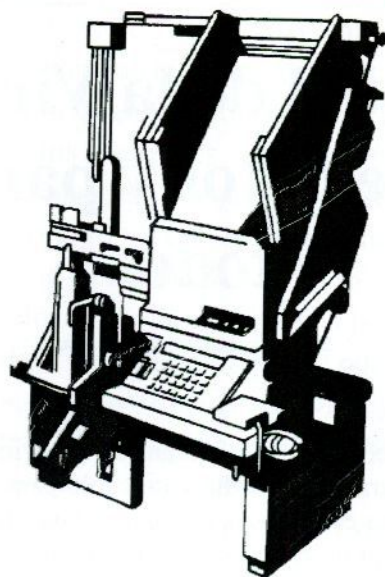
El que quiera ir a su ermita a traérsela, irá el día que sea, porque de la Virgen se es todo el año. Pero el que no quiera ir, ni ése ni ningún otro día, ya no podría tener el argumento ni la excusa de los pasados recuerdos. Y puede que el día en que encontremos ese día —¿por qué no un domingo siempre para que pueda venir la mucha Constantina que lo desea?— quizás sigamos yendo y viniendo los mismos. Pero ya nadie habrá excluido a nadie ni nadie podrá darse por tal, y camino arriba o camino abajo, de Rebollar para allá o Rebollar para acá, una Virgen morena y guapa irá mirando y los verá a todos. Quizás cuando llegue ese día, a lo mejor es más grande, ancha y hermosa su divina sonrisa.

M. RAMÍREZ FDEZ. DE CÓRDOBA

LA VIEJA LINOTIPIA

Ahora, metidos por la fuerza de los tiempos en un mundo laberíntico llamado informática, donde uno parece que está trabajando con humo, pantalla que va y que viene, listados de papel, extraños y desconocidos sistemas que ya tienen su lenguaje particular y privado, misterio sobre misterio, mismamente como cuando apareció por nuestros mundos aquello que llamamos televisión y arrinconó las viejas radios de lámparas, se nos ha ido directamente al museo de nuestros recuerdos la linotipia de José Antonio Gallego, la que fabricaba nuestra revista, con su calderín de plomo, sus tipos, su mecánico y casi humano caminar, su teclado a mitad y mitad del de la vieja máquina de escribir y el de impulsos eléctricos del nuevo chisme que llamamos ordenador —a fin de cuentas es él el que nos ordena qué tenemos que hacer y hasta nos pone firmes si no cumplimos estrictamente lo que nos manda, hasta nos castiga parpadeando cómo, que torpes somos, nos hemos equivocado— y ese ruido peculiarísimo de su andar para, golpe a golpe, matriz a matriz, línea a línea, ir convirtiendo en escritura lo que no era más que pensamiento.

Ya es pieza de museo. Grandota, de bien pensada y complicada maquinaria, con su esqueleto de tornillos, correas de transmisión, la fortaleza inmensa de su volumen y esa sensación de saberse siempre, porque todo lo trabajaba a la vista, qué estaba haciendo y cómo, no como el chisme al que llamamos ordenador que sólo nos muestra una «tarjeta» plastificada donde sólo los elegidos —sus técnicos— saben leer y auscultar sus movimientos y todo se recubre en ese humo sobre humo en que convertimos las escrituras hasta que pasan al chirriar de chicharra de las impresoras, artificio que escribe sin que se le vean las manos, a velocidad de ave pero sin la cadencia del teclear mecanográfico de la vieja Olivetti que, ay dolor, también fue llamada al cielo eterno de los museos desde que el tiempo —que no la utilidad ni su maravillosa compañía— la desechara para que ya, de por vida, sigamos echándola de menos. Para el viejo oficio periodístico, hermano de las artes gráficas, empezó a cerrarse el mundo eterno de la Linotipia hace ya tiempo. Estados Unidos, en esto como en tantas cosas, fue de pionero y los ojos oblicuos que trabajan sin descanso ya se las apañaron para ir perfeccionándolo e ir conquistando un mundo que cada vez nos tiene más conquistado y Ciudadano Kane para archivar, en sus maravillosas imágenes manguitos, viseras, viejo mundo de las redacciones, teléfonos nerviosos, ~~camés~~ de prensa en la



Cinta del flexible, café y humo, bohemia, alcohol, traspase y amanecer de pregonado chaval con las últimas noticias que hoy, también, ya nos pisó siempre la televisión en sus avances informativos pero que quedará, y que dure, esa certeza del papel escrito aunque allí haya llegado ya la tinta desde los chismes llamados ordenadores y no desde ese plomo fundido y moldeado tan caliente como la propia información que llevaba en sus entrañas.

Recuerdo cuando ABC cambió el sistema y cerraba una página más de su larguísima historia gráfica. Hubo en todos ese sabor que tiene de agri dulce el adiós de cada nostalgia y, cuando nos sentamos en la redacción, nos envuelve el silencio que antes rompía para bien el galopar de las teclas de las máquinas y, pasando a taller, el tintinear humeante, mascando plomo, manos acariciando blancas teclas, matrices yendo y viniendo para componer que esta vieja máquina paría con perfección absoluta. Nos va a quedar de esta que ahora nos dijo adiós el grandísimo recuerdo de conservarla. Y puede que las nuevas generaciones, que no tuvieron la dicha de conocerla, de tratarla, de quererla y de admirarla, vean en ella algo ajeno, aunque ni dudo que les subyugue el empaque y esa sensación cierta de estar ante un invento que llenó toda una época. Y puede, también, que estas mismas generaciones, en un mañana que nos queda lejano aún, la recobren y retornen al calderín de plomo, sus matrices, sus teclas y su mundo para, por lo menos, hacer algo, seguir haciendo algo, cuando todo sea automático, que tenga el sabor auténtico de lo artesano.

Mientras llegue ese tiempo, conservémosla tal y como está: a punto de trabajar, esperando como el arpa aquella, del rincón en el ángulo oscuro, que alguien la acaricie. Entonces sorprenderá hasta su gruñir mientras a nosotros nos durará siempre el eco de su sonido.

Manuel Ramírez Fernández de Córdoba

JUGANDO A LOS BOTONES

Por MANUEL RAMÍREZ

—Papá, ¿y cómo era aquello de jugar a los botones?

Andaban los niños en esas horas del aperreamiento de la siesta, el me duermo, no me duermo, de cuando las puertas se entornaban, sólo entra un cuchillo de flama abriéndose camino por los zaguanes y las penumbras anuncian que, terminado el almuerzo, los párpados comienzan a hacer de intermitentes, ahora me cierro, ahora no puedo abirme, aquí me caigo, allá me levanto, cuando no sabían qué hacer ya porque los mariobros de la tele estuchado en el Supernintendo también querían echarse un rato, el padre de los niños que antes los había encogido ahora los había agrandado y la bruja novata viajaba en su cama dorada cuando fue que mi Juan preguntó que qué era aquello de jugar a los botones, que vino a sonarme como cuando mi Robledo, y yo qué sé ya lo chica que era todavía, me dijo aquello de «Papá: cuando no había tele, ¿adónde mirabais?», ya me dejó como parado en el tiempo y sin que pudiera comprender, aunque espero que lo comprenda ya mismo, que mirábamos a nosotros mismos, por los adentros, para, sin salirnos de nuestra imaginación, hacer de un palo de escobón el mejor caballo, de una lata de anchoas la mejor canoa o de un botón, arrancado furtivamente de un chaquetón, un Kubala, un Di Stéfano, un Juan Arza o un Luis Del Sol.

Y fue entonces que empecé a explicarles — a Juan, a Rafa, a todos— lo que era aquello de jugar a botones de la mejor manera posible que hay para explicar las cosas: jugando. Buscamos los que pudimos, recortamos una tapadera de caja de zapato y ya teníamos porterías, de un panel nos salió un pedazo de campo, pintura verde para el césped, blanca para el círculo central, las áreas, el angulito de los córners, picas, los platillos que tenían que ser porteros y ...

Se me fue el santo de la memoria al cielo de los recuerdos de una infancia, cuando ya hace más de treinta años que sólo teníamos diez años,

que rebuscábamos en el viejo bazar de Joaquín el botón que pudiera servirnos para defensa o íbamos a casa de Manolo Cano, el Sastre —bondad como hecha a medida— para encontrar unas «magritas», o aguardar al acecho del ropero para dejar las pellizas sin poder abrocharse y, de allí, a soñar con ganarle a Fernando Barrera —Dios, qué fenómeno, no había forma de ganarle nunca— en el mostrador de la droguería donde la buena de Matilde, su madre y un poco la de todos, nos aguantaba entre despachar y despachar que era algo así como el Santiago Bernabéu de las cinco primeras Copas de Europa del Madrid.

Días enteros de los agostos de siempre de zaguán en zaguán cuando ya Matilde no nos podía aguantar —y no se pueden hacer idea de la paciencia que le echaba aquella buenísima mujer—, de mesa en mesa cuando se terciaba o en cualquier poyo de mármol que medio tuviera medidas aunque fuera de miniestadio. Éramos la alineación que Juan Manuel Serrat haría copla y nostalgia. Éramos los amos del mundo si teníamos un «magritas»; éramos los dueños del universo si conseguíamos un gol de corner o nuestro portero había hecho un paradón.

Ya después, cuando anduvo el tiempo y el fútbol de Pilili nos llenó otra etapa lo mismo que el «bisonte» nos infló la edad que no teníamos, no hay vez que no nos veamos que, aquellos que jugábamos —Pepe Melendo, Fernando Barrera, Pepe Ferrero, Manolo Redondo, José Manuel y Chico Lira...— no nos entren ganas de echarnos un partido sin que la edad nos importe. Yo, ahora, mato el gusanillo enseñando a mis hijos. Y, ¿saben?, lo encuentran apasionante porque no necesita pilas, ni ordenador, ni mando a distancia. Lo único que precisa es imaginación y, eso sí, quienes con ellos —mi Juan, mi Rafa— disfrute tanto, tanto como cuando hace mucho más de treinta años que tenía unos diez o doce para no necesitar de otra cosa para llenar una infancia tan perdida como aquellos botones guardados en una caja de parches...

EL ARTICULO PARA LA REVISTA

Por MANUEL RAMIREZ FERNANDEZ DE CORDOBA

Sé cuándo escribí el primero y me gustaría que nunca escribiera el último porque, de todo lo que escribo —y vivo de escribir...— es lo que más me gusta hacer porque es en estas páginas donde más veces he escrito con los sentimientos, he arañado en mis nostalgias, he llorado de emoción —me enseñaron con su propio ejemplo que nunca se debe llorar de pena si se tiene fe—, he sentido sintiendo y por estas páginas he ido recorriendo —y lo que recorreré...— a mi gente y a mi pueblo, que es como decir a mis entrañas y mis raíces, mis quereres y ese amor que se me acrecienta por más que más años pasen con estas calles, estas gentes, este bendito pueblo que no me canso de mirar, que no me canso de admirar, que no me canso de querer porque no hay árbol, ni vida, sin raíces y se me secaría el alma si me faltara esta tierra bajo los pies.

Por estas páginas escribió mucho mi padre. En estas páginas dio las gracias cuando llegó el primer verano de una recuperación impensable y de lo primero que se acordó —verdad, Antonio Difort?— fue de la Torre y de ella recibió recuerdos. Estas páginas se le dedicaron —nunca olvidaré aquel mediodía bajo la palmera de la Fuente de los Patos cuando fuisteis —tú, Antonio Grados, Antonio Ordóñez, Antonio Silva— a llevarle el primer ejemplar. En estas páginas, escritas siempre en el pulso exacto de nuestro pueblo, pude dar las gracias cuando tomé el relevo. En estas páginas escribí lo que era ir con mi hijo Juan a la plaza de los toros por primera vez viniéndome a los oídos la música, desde Llanorsó para arriba, hecha pasodoble y el repelucón en el alma al recordar aquel otro año en que un amigo de los que existen pocos igual allanó toda la entrada de la puerta de sombra para que pu-

diera entrar una silla de ruedas hasta el mismo delantero de sombra. En estas páginas escribí el por qué mi hija se tenía que llamar, como así se llama, Robledo porque no podía llamarse de otra manera que como Ella. En estas páginas, ya escribo, derramé sentimientos porque es como si escribiera para mí mismo porque escribo para mi pueblo. Casi siempre, es verdad, llego a ellas cuando el cierre de la edición está al límite porque es cosa que llevo pegada de mi oficio. Y eso que Antonio Grados —enjuto de carne, largo de paciencia, ancho de corazón— me lo recuerda cada vez que me ve y en La Vinagra, como antes esperaba la inmensa linotipia, la fotocomposición ya anda rematando la tarea. La tarea, la hermosa tarea de estas páginas, la colección ya amplía —cuántos desvelos, cuántos sacrificios, cuánto cariño puesto en ellas— de esta historia de nuestro pueblo engarzando vivencias imperecederas, salpicando éstas de dibujos de Difort, haciendo camino al andar con el hondo escribir de nuestro Antonio Grados y adobando todo ello con unos anuncios que, aparte ser buena parte del soporte económico que pueda sustentarla, es el soporte referencial del pasado y del presente manteniendo ese sabor del viejo reclamo de los grabados de otra época para, quizás, que nos hagamos la idea que el tiempo no pasa porque todos queremos que se pare para hacernos eternos admiradores de nuestro entorno.

Ya tienes, Antonio, el artículo para la Revista. Ya tienes, y lo sabes, lo que escribo con el alma de par en par y seguiré escribiendo mientras viva aunque siempre llegue el último. No me dejes fuera, Antonio, porque sería como si por aquí no viniera. Y por aquí no podría faltar nunca, ni faltaré, porque siempre sueño con el pueblo que no vivo y siempre vivo en el pueblo que sí sueño.

M. R. F.

VOLVER; SIEMPRE VOLVER

POR MANUEL RAMÍREZ FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA

Uno vuelve cuando puede, no cuando quiere; porque si fuese por querer no me iba nunca y si no fuera por no poder, de aquí no me despegaría jamás. Pero es este sentimiento compartido por tantos que no tiene más mérito que el amor, también bien repartido, como deben ser los premios gordos de la Lotería, por las raíces para, en cada esquina, en cada calle, en cada rincón ir repasando añoranzas y traerse a punta de capote del rincón de los mejores recuerdos las tantas y tantas cosas que por esas esquinas, esas calles y esos rincones vivimos.

Cada año volvemos casi los mismos. Y siempre se suman algunos más. En época de tanta playa, durísima competencia de arenas a tomillo y romero, eclosión de la segunda vivienda, el descanso vacacional para perderse tratando de despistar el trajín de cada día de todo el resto del año, qué mejor sitio para perderse que allí donde uno no se va a perder nunca porque siempre habrá algo, alguien, lo que sea, que le refresque, con su sola presencia lo que ya parecía ir olvidándose en dilatadas ausencias.

Fue hace unos años. Ya no sé si lo escribí en alguno de ellos aquí en este rincón del alma que nuestra revista es. Fue en un quince de agosto, por «Llanorsó», con Nuestra Virgen del Robledo saliendo, que me encontré con quien hacía tanto tiempo que no veía que casi tardamos el mismo tiempo en ponerle nombre a aquellas caras o caras a aquellos nombres que me sonaban al antaño de una niñez de Castillo, pan con chocolate, «reló» de la Torre marcando horas, campanas, ay, doblando a muerto de vez en cuando, que fue y me dijo quien me encontraba, tras identificar con ese «constantinerísimo» modo —¿tú eres hijo de?—, que, por fin, después de muchísimos años, se habían venido a vivir al pueblo. Y la razón más concluyente fue ésta que transcribo: «Le dije a mi marido: Mira, llevamos mucho tiempo lejos del pueblo, por-

que no podíamos volver; ahora que podemos, ¿por qué no volvemos para siempre? Es que, le dije, yo ya estoy harta de ir por las calles andando sin conocer a nadie...»

Sin conocer a nadie. O sea, como aquí nos pasa, que conocemos a todo el mundo aunque no nos haya hecho falta, en muchos casos, ni haber cruzado palabra, ni siquiera saber cómo se llaman, ni dónde viven; pero son, como nosotros, de aquí, sienten los mismos sentires, vivieron las mismas vidas por nuestras calles y forman parte, como formamos todos, del mismo paisaje que nos rodea.

Es el volver. Y hacerlo siempre. Es el pensar que, cuando llegue, y ojalá que tarde, pero que llegue, la jubilación —que viene de júbilo, no de vejez— volver si se puede o intentarlo desde los proyectos que muchas veces no cruzan el umbral de los pensamientos. Aunque sea soñándolo, que no es mala forma de vivir y mucho más bonita de lo que pudiera vivirse, sabiendo que quizás no llegue el bendito despertar de la realidad que, por muy bonita que sea, no podrá comparársele.

Cada día, escribo, vienen más. Puede que por un rato. Ir a la ermita, llegarse por el camposanto, quizás volverse de inmediato. Pero ya vinieron. Algunos, con hijos tan crecidos que sus raíces no nacieron en nuestras lindes «constantineras», pero hasta en ellos se presiente, tal vez porque le hablaron tanto de Constantina desde donde quiera que estuviesen, que, cuando llegan, parece que se conocen el pueblo de memoria. Que no nos falten. Que no faltemos.

Mientras el cuerpo nos haga sombra tendremos que seguir volviendo porque no nos fuimos nunca, porque ni pudimos, ni quisimos, ni podemos, ni queremos. Mejor que aquí, quizás allá arriba, en los cielos, que también empieza por c de Constantina...

M. R. F. C.

JUAN RAMÍREZ FILOSÍA, VEINTICINCO AÑOS YA...

Por Manuel RAMÍREZ FDEZ. DE CÓRDOBA

Manuel Ramírez Fernández de Córdoba, en 1973 tomaba el relevo de su padre, don Juan Ramírez Filosía, en las páginas de nuestra REVISTA, con un emotivo artículo titulado TU PÁGINA PAPÁ; y curiosamente hoy, sin ponernos de acuerdo, parece que hemos coincidido al volver la vista atrás. Han pasado muchos años y Manuel Ramírez nunca ha faltado a la cita anual, siempre con sencillez, casi sin querer que se notara que él era el Maestro, desde el diario ABC, y nosotros los discípulos.

Pero en esta edición, cuando ha sido nombrado Director de dicho diario en Sevilla, la Asociación Cultural Gertrudis Gómez de Avellaneda, y cuantos trabajamos en la confección de esta revista, queremos expresarle nuestra satisfacción, como constantinenses, nuestro agradecimiento por su constante deferencia hacia nosotros, y nuestra más sincera felicitación por el cargo que ha venido a ocupar.

A. G.

PASÓ cuando el setentaidós se iba del calendario, la madrugada de lo que se haría noche de San Silvestre, uvas, confettis, matasuegras, añoranzas y nostalgias en cada familia por los ausentes cuando ese día se asoma en el almanaque, última hoja que vuela, ya metido el invierno, soñando los mayores con qué pronto pasa el tiempo, ilusionando sus almohadas los niños en muy cercas vísperas de reyes magos. Cuatro años antes, y en noche de Misa del Gallo, Nochebuena de villancicos –cántaro y alpargata, pandereta y triángulo en los pueblos de mi Andalucía los campanilleros por la madrugá; en la parroquia, la alborada gallega de Carmelita López–, que un hachazo invisible y homicida, un empujón brutal me lo derribó, y aún tuvo tiempo, agallas, ganas y fe para volver de casi donde no se vuelve para seguir alumbrándonos con la radiante luz de su sola presencia, la impresionante sombra de su ejemplo, la energía suficiente para seguir irra-

diando la bondad que no le faltó nunca y esa sonrisa –como de pepón maleducado, que le dijeron un día cuando niño– brillando sobre su cara y demostrando fielmente que ésta era el espejo de su alma grande y sin esquinas, abierta de par en par por los brazos del cariño.

Así, después de muchos meses de duermela, estando sin estar, dormido en lo que parecía irrecuperable, teniendo en su lado –como ya tendrá hasta la eternidad– la voluntad de hierro del amor de su vida en la cabecera de su cama de hospital y el cariño cien mil veces demostrado de su gente y de su pueblo, volvió mucho cuando se había ido casi del todo, empezando por ese bisbisear rezos con el norte en una ermita mecida al aire entre los robles de su Virgen para, poquito a poco, ir rompiendo a hablar, a entender, a recordar y, sobre todo, a sonreír y seguir queriendo con más fuerza, que ya era difícil, que antes; con más entereza, que ya era imposible, que antes; con más pasión, que ya era insuperable, que antes.

Cambió su andar pausado y tranquilo por las ruedas de su silla; un brazo en cabestrillo, el izquierdo, conservando el derecho para seguir levantando su dedo índice en rotundas afirmaciones que, huyendo de dogmatismo, buscaban y encontraban el consenso de todos, o abrir la mano de par en par porque siempre la tuvo así, extendida, para estrechársela a todo aquel que la quisiera o echársela a todo aquel que la necesitara.

Y volvió, primero, a la vida y, después, a



...porque en esta Revista, quien firma ha dejado tiras de su entrañas en artículos escritos con el corazón y porque fue en esta Revista la que vivió gozosa su recuperación y lloró con emoción su marcha.

su pueblo, al agosto de siempre, a la novena de siempre, a la venida de la Virgen de siempre, al quince de agosto de siempre, a la feria de siempre y a ese sentirse vivo, con cuerda para el resto del año, que siempre le llegaba desde que avistaba, si-quiera, por el Ventorrillo de Papa Frita o enfilaba esa calle Sevilla que hoy lleva su nombre para mirar, desde los repechos de la misma calle, la silueta del Corazón de Jesús bendiciéndole desde el Castillo.

Aquí estuvo esos veranos que Dios quiso darle de propina. Aquí paseó por estas sus calles; aquí pudo piropear a su torre mirándola, siempre con emoción y jamás con tristeza, desde Llano del Sol; aquí pudo ir arriba y abajo de calle El Peso a la Alameda y aquí recordar en cada esquina una vivencia, contar un sucedido o añorar los años que pasaron y seguir agradeciendo a Dios y a su Virgencita del alma, desde el amanecer de cada día, el poder seguir vi-

viendo para poder seguir amando. Y hasta que Él y Ella quisieran llevárselo...

Ha pasado mucho tiempo. Mucha vida para muchos, toda una vida para los más jóvenes. Casi dos generaciones. Veinticinco años. Los que le conocieron y sus amigos fueron –porque no podían ser otra cosa después de conocerlo– lo siguen recordando y recordándonoslo. A los que no le conocieron quizás les llegaran o le sigan llegando ecos de su recuerdo ya perdidos por la pátina del tiempo. A los que le conocieron, no hace falta explicarles cómo quiso y cuánto a su Pueblo. A los que no llegaron a conocerle, bastaría decirles cuánto y cómo amó a su Constantina de principio a fin, con la pasión del enamorado con la razón de sentirse nacido en la mejor tierra del mundo.

A los que con él convivieron no hace falta decirle cómo era y sentía; a los que vinieron luego me basta con indicarles que su pasión empezaba y terminaba en su pueblo porque ahí empezaba y terminaba su alma. Por eso es en esta Revista, su revista, donde recordarlo quiero cuando hace veinticinco años ahora que nos llegó su hasta luego; porque en esta revista –que tanto le quiso y a la que quiso tanto– escribió de sus afanes y luego, cuando volvió a la vida, de sus sentires; porque en esta Revista, quien firma ha dejado tiras de sus entrañas en artículos escritos con el corazón y porque fue esta Revista la que vivió gozosa su recuperación y lloró con emoción su marcha.

Ahora, a veinticinco años ya de aquel año, cuando su recuerdo permanece en mí, en los míos y en los muchos que todavía le siguen queriendo desde lo más hondo de sus entrañas, escribo estas líneas porque me los imagino, a él y al amor de su vida, juntos por los siglos de los siglos, con la felicidad radiante que sólo se alcanza cuando se está en los cielos. Esos cielos celestes que empiezan, como Constantina, por la «c» de un corazón de quiénes la quisieron y la queremos apasionadamente.

M. R. F. C.

«EL CAMISERO» TIENE SU PLAZA



Es, así lo entiendo, como si su pueblo y su gente hubieran pagado una deuda de gratitud que tenían contraída con Ángel Carmona González, llamado «El Camisero» en los carteles, desde que este constantinense singularísimo recorriera medio mundo con el nombre de su pueblo en los labios, escribiera un puñado de libros con el nombre de su pueblo en la pluma y constantineara por todo el universo, desde su hablar taurinísimo, hasta que su cuerpo, ya roto por la enfermedad, descansara para siempre en sus mismas entrañas con aquella sentencia, tan suya, para explicar el cómo sentía sus raíces: «A tu pueblo, grulla, aunque sea con una pata».

De su hacer en los ruedos, y no digamos en nuestra plaza, hay páginas en esa biblia taurina que es la obra «Los Toros» de José María de Cossío y en otros muchos tratados de tauromaquia que certifican su fama y su valía. De su decir fuera de los toros, lo mismo que de su vivir lejos de los alberos, tengo testimonios como para configurar un retrato que habría que titular como uno de sus libros, el autobiográfico, aquel «Temperamento» que un día encontré en una librería de viejo para gozarlo como un tesoro y unirlo a esa «Lexicología taurina con similitudines o anda y que lo mate El Tato» que es todo un tratado de filosofía vital o aquel otro «Así los vi yo» que era el mejor retrato que leí de los toreros de su tiempo para quien, como él, ya está retratado en la misma historia de la fiesta de los toros.

Esa deuda de gratitud de la que escribo es la de haberle puesto nuestro Ayuntamiento su nombre a una plaza. Precisamente a la verita de la plaza de los toros que le vio nacer como torero y en la que toreó tanto antes y después de recorrer toda España y mucha América cosechando tantos triunfos como aventuras. En el «Dígame» de Ricardo García K-Hito, era de los periódicos más leídos de la década de los cincuenta, tenía página casi diaria que firmaba como «Constantino de la Sierra». En el bar «Lion D'Or» de los madriles tuvo tertulia, «la tertulia de Camisero», donde el taurinismo de más caché se reunía en torno a su mesa para escucharle sentencias y ocurrencias. Y en su pueblo, adonde volvió, como la grulla aquella del dicho, con una pata, también

tuvo tiempo para seguir escribiendo y para imaginárselo, como me lo imagino siempre andando por el pasillo del Hospital renqueante, pero derecho como una vela, gafas negras como para espantarle soles deslumbrantes a sus cataratas y bastón cogido como se coge el estoque para entrar a matar, haciendo siempre el paseíllo para la corrida de su propia muerte, que ya veía cercana y buscándole las tablas para echarse, porque aquí nació y aquí quiso morir.

Todo esto que cuento suena ya a antiguo. Pero quizás sirva, cuando los años pasen, para que se siga recordando su recuerdo. No ya los del torero que triunfó y paseó el nombre de nuestro bendito pueblo por esos mundos, sino del hombre de carácter recio y alma bondadosa, de mal genio y buenísimo humor, filósofo de la vida viviéndola en el vaivén de sus propios decires y constantinense por los cuatro costados de su alma sin fronteras. Más importante que sus triunfos en los ruedos de las plazas fueron los de los redondeles de la vida. En ella recibió coronas tantas y mayores como las que les curaron en las enfermerías de los cosos, pero supo superarlas desde su propio orgullo, su peculiarísima manera de enfocar su propia existencia y sus muchísimas ganas de vivir, aunque ya llevara media en las agujas.

Por allá, por los ruedos celestes y eternos de los ruedos, seguirá contando cosas tan bien contadas en su tertulia, compartiendo camilla con tanta Constantina como allí nos espera y dejando claro que se podrá ir muy lejos o llegar muy alto, pero bendito aquel que jamás olvida sus raíces porque, sin ellas, no se puede vivir. Y él no olvidó nunca a su pueblo. Ojalá que su pueblo no lo olvide a él.

MANUEL RAMÍREZ FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA

Yo soy de Constantina

Porque lo soy de nacimiento y lo soy de sentimiento; porque en ella nacieron mis padres, también mis abuelos, de ella son mis hijos –nacieron físicamente en Sevilla, los apunté en Constantina– y quiera Dios y mi Virgen del Robledo, y yo que los vea, que de ella sean mis nietos. ¿Que a qué viene esto? Pues viene porque, cuando me preguntan que de dónde soy allá por donde quiera que voy, es que me llena el alma de orgullo y la boca de satisfacción cuando lo digo tan fuerte como lo siento: ¿Yo? de Constantina.

Y si alguien me aguanta, le explico mis razones. Razones que me salen de las entrañas: Porque nací justo a los pies de la Torre, al aire de una calleja que dicho nombre lleva, a dos cuartas de Llanorsó, a tres de la Fuente de los Patos, a dos y media del Colegio de don Francisco, a tres y un poquito más de calle Mesones; en aquella casa que, mirándola desde la puerta de la Parroquia que da a calle Mesones, tiene el Corazón de Jesús detrás y la escalerilla de la calleja haciéndole la perspectiva.

Y allí viví cuatro años en los que quise ser guarda de Llanorsó para tener una gorra de plato, y donde Jeromo y Antonio, los esparteros, me daban cada mañana un som-

brero de paja; donde desde los surtidores de la Fuente de los Patos se veía el Banco Español de azulejos verdes, el buzón azul añil y la cancela de Correos, el escaparate lleno de cartuchos de escopetas y cajas de lápices Alpino de la Imprenta y, enfrente, el estanco de Antonio Merchán, piedras de

mechero, yesca, Ideales y Caldo de Gallina; donde tirando para Calle El Peso, pasabas por la Agrícola, escuchabas hablar de fútbol en el Club de Carlos Corral, asustándome la estatura de Burger, aquel portero alemán que jugó en el Constantina, Pirinolo tenía aún reformas por hacer en esa esquina de tienda en la que había de todo y donde Eloy Ordóñez, ya en Canalejas, mirando a la Fuente Torrico, me peló cuando solo tenía tres días, quedando más atrás, enfilando Calle el Peso, la Droguería de Paredes donde compraba pipas de mentol con cigarritos de baquelita, Manolito saliendo de casa de Robledo Aranda, Emilio Sagrario cosiendo tras su ventana a los sonos de

Amargura, Escalerilla de los Cojos, mi padre bajando desde el Ayuntamiento, el «puma» de la Bética a punto de salir para tardar más de tres horas a Sevilla, el ciervo de Asita, el zaguán de Amparo Aranda, la fuente recortándose al fondo y Don Víctor



En esa calle y sus alrededores convergían muchos recuerdos del pasado. Emilio el Sastre cosía tras su ventana, Juanito Urbano dedicaba discos desde la Emisora Parroquial; Carlos Gallardo y su hijo Amador pensaban cómo hacer la portada de feria...

a la caída de la tarde, con su baby blanco, sentado en tertulia de rebotica mientras las tatas comían pipas de girasol en los bancos de Llanorsó y todo nuestro interés era gatear por las farolas o subir por el tronco de la Cruz de los Caídos mientras Juanito Urbano dedicaba discos desde la Emisora Parroquial y, tras la Palmera de al lado de la Puerta del Perdón, Carlos Gallardo ya pensaba, desde su Carpintería, junto a su hijo Amador, cómo iba a hacer la portada, siempre distinta, de la Feria de cada año.

Olía a tortas, magdalenas y bollitos de leche que pregonaba Consuelo la del puestecillo de guindas y dorasú; se oía pasodoble torero en días de corrida grande y la bocina del Directo, «que viene el Puma, que viene el Puma» cuando llegaba fatigoso, después de tanto Montón de Trigo, desde Lora con la baca hasta los topes de bultos; en el comercio de Dora se vendía buen paño y grandes bicicletas de dos ruedas, por las Bodeguetas se respiraba aroma de aguardiente y el sol se escondía por detrás de las almenas de un Castillo que cuidaba como un jardín Juan el de la Canita apagando nuestra sed, después de la merienda de pan con chocolate, con la helada agua del aljibe.

Y te ibas un poquito para arriba por Calle Mesones, polos de fresa, de naranja, de limón, napolitanos, posicles, cortes de tutifrutí, la barandilla que daba al mostrador de Alcaraz, enfrente El Moderno de Pedro, la Caja de Ahorros de los ocho faroles de la fachada. Labradores, el Hospital de cara, Sor Raimunda y Sor Ramona, Ángel Carmona "El Camisero" escribiendo para el «Dígame» firmando Constantino de la Sierra, El Boli cambiando novelas delante de una foto de Manolete que recordaba la tragedia de Linares, El Cojito Y su puesto, Melado y sus relojes, sesión infantil y vermú del Teatro Cervantes, butaca y gallinero...

Para qué seguir. Como dice un poeta hispanoargentino que también canta, Alberto Cortez, un corazón de guitarra quisiera para volver a mi pueblo. Y yo añado por mi cuenta: a mi Constantina, de donde nunca me fui y adonde siempre me vuelvo.

Manuel Ramírez Fernández de Córdoba



COMO SIEMPRE, GRACIAS CONSTANTINA

Lo que yo sentí aquella tardenoche del 24 de junio pasado, el día de «mis juanes» allí, junto a las almenas, en la plaza de armas de nuestro Castillo, para mí se queda. Y se queda para mí porque no sabría explicarlo por más que quisiera, ni tampoco podría encontrar palabras que se le acercaran a aquel cúmulo de sensaciones que viví desde que iba llegando allá arriba, con la boca seca como el esparto de la emoción que estaba viviendo, hasta que volvía para abajo con esa otra sensación de sentir en los adentros que lo que había vivido era tan irreplicable como inenarrable; que me seguía pareciendo, como ahora mismito, cuando escribo, ese sueño imposible que no, que no es posible que le pase a uno porque ni uno se lo merece, ni siquiera lo pudo soñar nunca y que resulta que sí, que, sin merecerlo ni soñarlo, era verdad.

Estaba allí, con mucho pueblo esperando mis palabras, con la Corporación Municipal, mi alcalde, mis concejales, tantos amigos del alma con los ojos puestos en mí, aguardando qué podía decir y yo preguntándome para mis adentros qué día tan grande me estaban dando en todos y cada uno de los sentidos: de emoción, de cariño, de recuerdos, de pasado y de futuro, de alegría desbordando, de añoranza emocionando y de poner bien fijos los ojos en el cielo de mi pueblo para brindarle todo lo que hubiera podido decir y dije a aquellos, mis padres, que así me enseñaron a querer a mi pueblo sin esperar otra recompensa que el amor que mi pueblo me podía tener a mí desde sus mismas calles, sus mismos rincones, sus olores, sus sabores, su aire y su espíritu para que todo esto, encima, Dios mío, se me hiciera oro en una Medalla, se me hiciera arte en un pergamino y se me hiciera lágrimas emocionadas que hubiese querido que se me quedaran dentro y, también, que hubiera salido afuera porque por dentro y por fuera me embargaba eso tan indescriptible como es el agradecimiento eterno.

Y como siempre, gracias Constantina. Las mismas gracias Constantina que escribió mi padre en estas mismas páginas cuando volvía a la vida después de casi haberse ido, posiblemente porque no podía irse sin volver para decirlo; las mismas

gracias que él me dictó para aquel año de su vuelta a vivir y que ahora, cuando ha pasado tanto tiempo en los almanaques y sigue siendo hoy en nuestros corazones, vuelvo a repetir con la misma insistencia y con la rotundidad que puede dar el hacerlo a pleno pulmón.

Te doy las gracias, Constantina, y bien que lo sabe Dios y nuestra Virgencita del Robledo, por todo lo que de aquel día fue de su recuerdo, que fue el todo por el todo. Por todo lo que a él le disteis en vida y le seguíis dando desde la eternidad de no olvidarle nunca. Y por todo lo que tanto mis hermanos como yo tenemos de deuda de gratitud permanente e impagable para ti, Constantina, por cómo, qué satisfacción más grande para nosotros sus hijos, nos lo recuerdas siempre a quien, como nosotros, no lo olvidamos nunca. Muchas veces, sin palabras; muchas veces, sin un gesto; muchas veces, sin necesidad de expresarlo pero sí sintiéndolo. Y esto es lo que uno sintió, tan en lo más profundo aunque lo explique muy malamente, en cada instante de aquella tardenoche del 24 de junio pasado.

Cuando besé tu Medalla, Constantina, estaba besándolos a ellos, mi padre y mi madre; estaba hablando con palabras que a ellos oí siempre y estaba sintiendo, como sintieron ellos, esa ilusión de cales blancas que llamamos como te llamamos a ti: Constantina.

Aquel día, os lo dije entonces, os lo repito ahora, no se me podrá olvidar nunca porque sería como olvidarlos a ellos u olvidarme a mí mismo. Aquel día sentí que el tiempo no sólo se había parado, sino que había dado marcha atrás. Fue como flotar entre nubes y creedme que todavía ni me he bajado ni quiero ni puedo bajarme. Pero no por mí, sino por ellos.

Yo sólo fui aquella tarde el portavoz de una familia que se emociona con sólo decir tu nombre, Constantina, con sólo pasear por tus calles, con sólo sentir a tu gente y con sólo vivir, cada día, esa ilusión permanente de tener el orgullo de ser tuyos, Constantina.

Manuel Ramírez Fernández de Córdoba

AUGUSTO GOMES JUNIOR, MATADOR DE TOROS EN CONSTANTINA



José María Camacho Mendoza, que ése es su nombre y así se escribe, aunque se lea, y así se le conozca, corno El Boli, es capaz de encontrar una aguja en un pajar con la misma facilidad con que era capaz, y sigue siéndolo, porque lo lleva en los genes, de venderle un peine a un calvo, un frigorífico a un esquimal o una radio a un sordo y así dio con Augusto Gomes Júnior, un torero portugués que tomó la alternativa –que yo sepa, la única que se ha dado en nuestra plaza de toros– en nuestro pueblo, habló con él, recordaron viejos tiempos, en los que me imagino al portugués con nervios de toricantano –estamos hablando del agosto del cuarentaysiete– y a Pepe vendiendo todo lo vendible desde el ruedo antes de empezar la corrida con aquel invento suyo de llevar pelotas de goma rajadas para meter en ellas las monedas y poderlas lanzar a los tendidos o delanteros desde abajo. Lo vio no hace mucho tiempo y me trajo noticias de él y hasta el teléfono del viejo torero.

Lo llamé varias veces a ese número de la Lisboa antigua y señorial y no di con él; lo busqué llamando a «Farpas», una revista taurina lusitana y me salía un contestador y todavía persisto en la idea de encontrarlo aunque, si los datos no me engañan, ya debe andar Gomes Júnior por cerca de los noventa años aunque, como hiciera nuestro Luis Fuentes Bejarano, todos los años, el viejo torero, para celebrar su cumpleaños, se pone delante de una vaca.

Me contaba Pepe que él, que tiene de todo en su casa, no había encontrado una foto de Gomes Júnior del día de la alternativa y hasta teníamos la duda de en qué año la tomó. Foto, me cuenta José Antonio

Álvarez Pizarro, hay, aunque no la he visto. Pero fecha sí hubo. Y exacta: 10 de agosto –fue un año en que se probó hacer coincidir la venida de la Virgen y la Feria en fechas, pero no resultó– de ese año de 1947. Y mi padre me contó cómo y por qué un portugués vino a doctorarse en Constantina.

Tenía mi padre en Ángel Carmona González, nuestro inolvidable «Camisero»,



Augusto Gomes Júnior, un torero portugués que tomó la alternativa, único que se sepa, en nuestra plaza de toros

único matador de toros que ha dado Constantina hasta la fecha en toda la historia del toreo, el mejor consejero taurino que tener se pueda. Ángel vivía en Madrid, tertuliaba en el «Lion D'Or», escribía en el «Dígame», firmando Constantino de la Sierra, de la mano de Ricardo García, K-Hito, que dio un año el pregón de la Fiesta de la Cultura y dedicó un capítulo precioso de su libro «Anda que te anda» a nuestro pueblo y tenía, claro, muchos contactos con el cañabatiano planeta de los toros. Para confeccionar los carteles no dudaba mi padre en pedirle al Camisero orientación, consejo, mediación y nombres para conformarlo. Y de Ángel Carmona, surgió la idea de cele-

brar en nuestra plaza una alternativa. Augusto Gomes Junior había hecho muchas novilladas esa temporada en España y quería el hombre doctorarse antes de volver a su tierra. Ángel, intimo amigo del "Papa Negro", Manuel Mejías Rapela, Bienvenida, le comentó a éste que por qué su hijo Antonio no le daba la alternativa a Augusto. Dicho y hecho. Como tercer espada, el Choni. El ganado de Natera. No fue tarde de orejas, pero sí que ese domingo, día 10 de agosto, hubo en España muchas corridas de toros.

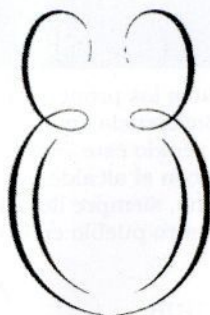
En San Sebastián, por ejemplo, con toros de Alipio Pérez Tabernero, y con Franco en la plaza, toreó Manolete, Gitanillo de Triana por delante como iba a estarlo dieciocho días después en la tragedia de Linares, cerrando terna Manolo Navarro, que sustituía a Pepín Martín Vázquez. En Málaga rejoneó aquel día Pepe Anastasio. En Santander lo hacía Luis Miguel Dominguín con Agustín Parra Parrita y en Pontevedra alternaban Juanito Belmonte, hijo de "El Pasma de Triana", Manuel Alvarez "El Andaluz" y Julián Marín.

Eran tiempos aquellos en que los toreros se cruzaban en las carreteras y se conocían hasta los coches de cuadrillas porque eran casi los únicos que rodaban por aquellas; tiempos en los que la afición a los toros estaba por las nubes, donde la puso Manolete con el contrapunto de Pepe Luis Vázquez y un ciclón llamado Carlos Arruza que ya había pasado por nuestra plaza en 1945. A Arruza lo apoderaba don Andrés Gago, que fue el que se lo trajo de México.

Me contaba mi padre que, mucho antes de llegar a España, El Camisero le había hablado de él y hasta le dijo que lo contratara antes de venir, porque estaba seguro que iba a formar un alboroto en España en cuanto llegara y entonces se podía poner muy en dinero. Se le hizo caso a Ángel Carmona y, efectivamente, Arruza arrasó desde que llegó a principios de esa temporada y todas las empresas querían contratarlo. Incluso se temió que, algo frecuente en estos tiempos y también en aquellos, no viniese a Constantina por el dinero contratado pues no le faltarían plazas para ofrecerle más en esas fechas de finales de agosto. Pero don Andrés Gago, un caballero, aseguró la presencia de su torero porque, según le dijo a El Camisero, "el alcalde de su pueblo de usted apostó por el torero antes de llegar y verlo cuando no lo conocía nadie; ahora lo quieren ver en todas las plazas, pero estaremos en la de Constantina en el mismo dinero que se acordó cuando no teníamos ni un solo contrato".

Historias éstas de toros y toreros que tuve la suerte de escuchar de primera mano y ya les contaré, si logro encontrarlo como lo encontró El Boli, lo que me cuente Augusto Gomes Júnior, la única alternativa, que yo sepa, de nuestra plaza. Esperemos que no sea la última.

Manuel Ramírez Fernández de Córdoba



BIELORRUSIA Y CONSTANTINA, HERMANADAS POR EL CARIÑO

Llegaron por primera vez a nuestro pueblo hace ya tres años. Venían de muy lejos; desde Bielorrusia, que está casi donde los vientos dan la vuelta. Eran un puñado de chiquillos que, de alguna forma, aunque hubiesen nacido todos ellos años después de que se produjera, en 1986, la explosión nuclear en Chernobil (Ucrania), estaban afectados por la tragedia que supuso para su país, y para muchos de sus habitantes, esa radioactividad que contaminó todo hasta el punto de poner en peligro sus vidas y convertirlas en muerte para muchos de ellos.

Llegaron de la mano de una asociación, APRONI, que, consciente del problema, comenzó una aventura maravillosa: Buscarle vacaciones en nuestra tierra para que aquí, entre los soles de las playas o de las sierras, con alimentos sanos, aire puro y la alegría y vitalidad que sólo pueden contagiar el cariño de sus familias adoptivas, conseguir que, en un mes, o seis semanas como van a estar este año, se sanearan, rompieran con la monotonía de sus vidas y logran echarle una mano a quien tantas manos necesitaban para salir de su tragedia.

Fue en agosto del año 2000 cuando llegaron, por primera vez a nuestro pueblo. Inolvidable aquel día en que comenzaron a

bajar del autocar trayendo en su equipaje el asombro de verse tan lejos y ya buscando cada uno de ellos y de ellas, en su misma forma de mirar, el cariño que necesitaban para que, tan lejos, Dios mío, de sus padres o de sus madres, no sólo no los echaran de menos, sino que pudieran, y bien que lo hicieron, traerle a estas familias, a nosotros el regalo de su presencia, de su sonrisa, de

meternos a todos los que tuvimos la dicha de participar en tan maravillosa aventura en un cuento de hadas en el que ellos, los niños, eran los absolutos protagonistas.

Muchos de ellos volvieron al año siguiente y otros tantos han vuelto a venir en este y quiera Dios que puedan y quieran seguir viniendo por muchos más años porque ya tienen aquí a una parte de su familia, aquella familia que, con la incertidumbre, el recelo y hasta el temor de pensar que acá no fueran a adaptarse, ahora ya lo tienen como algo casi propio, como uno más que se une al veraneo para seguir saneándose ellos y llenarnos de felicidad a nosotros.



No son estos los primeros niños que llegaron de Bielorrusia en el año 2000, sino los que han venido este verano, -en la foto aparecen con el alcalde- pero todos, repitiendo o no, siempre llevarán el recuerdo de nuestro pueblo en el corazón.

Aquella incertidumbre, aquel recelo y aquel temor de cuando iban a llegar por primera vez, se han convertido en alegría, confianza y amor porque ya hemos comprobado que, a nuestro cariño, responde con su cariño, que a lo mucho que reciben, mucho más nos dan; y que, gracias a Dios, cada

PRÓLOGO

Nuestro pueblo y esta Revista han perdido un entrañable paisano y su mejor colaborador. El comienzo de la última primavera coincidió con el fallecimiento de Manolo Ramírez.

Desde el 73, año en que apareció su primer escrito recordando a su padre, hasta su última colaboración en el agosto pasado, hemos publicado sus artículos de un solo tema: Constantina y su gente. De Manolo no se esperaba un asunto distinto al de su querido pueblo envuelto en el celofán de sus recuerdos.

La Asociación Cultural Gertrudis Gómez de Avellaneda, editora de esta Revista, tomó la decisión unánime de recopilar e imprimir todos sus escritos en el verano en que ya no se esperaba la página más improvisada y encendida de su publicación.

Hemos respetado sus hojas impresas tal y como salieron de la imprenta cada año: las ilustraciones con que Difort las acompañaba, el tipo de letra, el formato y hasta su peculiar ortografía de los topónimos locales.

La satisfacción por el homenaje, que con esta edición creemos rendir al inolvidable paisano y amigo, se funde hoy con el dolor de su ausencia y la tristeza por una Constantina que no recibirá nunca más aquellas puntuales cartas de amor que su hijo predilecto le enviaba al despuntar el verano.

"Constantina, cuando yo muera, vendré a acariciar tu cuerpo vestido de primavera" fue una de sus frases. "Constantina" fue la última palabra del último escrito que nos envió el año pasado. No cabía otra en su despedida. Descansa en paz, Manolo, que como tú ya dejaste escrito, el cielo, en donde tú estás, también tiene la "c" de Constantina.

ANAGRAMA

año que pasa se van apuntando a esa causa otras familias que, así se lo escribo a quienes estén dudándolo, ni lo duden, que se van a encontrar el tesoro de un verano distinto. Y a aquellas otras familias que nos ayudan, que puedan sentir esa satisfacción extraordinaria de, al verles por nuestras calles, saber que colaboraron con su venida y que, aunque suene así de fuerte, porque así de fuerte es, ayudaron a que sanearan su salud y quien sabe si a salvarle la vida.

Aquella catástrofe nuclear fue olvidada por el mundo. Muchos creen que aquello pasó cuando todavía está bien presente y bien presente que estará por más de cien años. Pero Constantina no la olvidó sino que lucha contra ella con las armas del cariño cada vez que se nos acercan los calores del verano. Y uno siente una emoción enorme cuando ha podido comprobar que allí, a cinco mil kilómetros de nuestro pueblo, en un país que está pasando por muchísimas dificultades y apreturas, que sus niños apenas

si pueden sobrevivir entre tantas precariedades, el nombre de Constantina, el nombre de nuestro pueblo, no es un punto en el mapa sino que está en sus corazones; no es un lugar desconocido, sino que bien que saben allí cómo aquí ofrecemos lo que tenemos y, por encima de todo lo que podamos darle a quienes tan poco tienen, que le damos sin tasa ni medida el amor que se refleja en una sonrisa, una mirada, y algo más: que ellos, los niños, sepan, como saben, que acá, en España, en Constantina, tienen una familia que es como una prolongación de las suyas. Y que todo es posible porque muchos paisanos nuestros, en muchos casos de forma absolutamente anónima, también se han alistado a esta bendita causa de ayudar a quienes tanto lo necesitan. Gracias ángeles bielorrusos por venir a una Constantina que, ya la conocéis, es un cachito de cielo para vosotros.

Manuel Ramírez



RELOJERÍA MELADO, TODA UNA INSTITUCIÓN



El tic-tac del reloj, el que marcaba las horas al que Lucho Gatica le pedía, desde su aterciopelada voz, que no lo hiciera y que, incluso detuviese su camino para hacer interminables los días de felicidad, a quien, como también cantaba, solamente una vez amó en la vida desde los sones de un bolero, sigue andando, y seguirá andando, como lo viene haciendo desde el año veintinueve hasta hoy mismo cuando don Juan Melado abría su relojería o, al menos, así se anunciaba en la revista de Feria que, desde entonces, ha ido apareciendo, y me imagino que seguirá, en cada edición.

Y uno recuerda, metido en el callejón de las nostalgias, cómo disfrutó cuando vio en la muñeca de su mano izquierda aquel reloj, marca Blasdo, que era el nombre de Doblas al revés, el primer reloj que le acompañaba, en la medida de lo posible, con las campanadas de nuestra torre y de qué forma lo cuidaba, desde la correilla de cuero que costaba mucho trabajo abrocharla con la otra mano sola, sin que se pudiese entonces soñar con que, andando el tiempo, los nuevos relojes permitirían hasta bañarse, ya fuese en bañera y ducha, ya en alberca o piscina sin que le entrara agua cuando, en

aquellos, había que tener cuidado hasta de mojarlo al lavarnos las manos. Doblas, que era Blasdo al derecho, era un joyero de Zafra que todos los veranos, ¿o también venía en invierno?, aparecía por nuestro pueblo, se alojaba en el Hotel Valenciana de mi inolvidable Carlos Alonso, que se nos ha ido con más de cien años hace muy poquito tiempo, y que venía acompañado por un viajante que le transportaba las pesadas maletas con el material y que, también, andando el tiempo; llegó a formar parte del paisaje.

Pero habría que remontarse más atrás, en el tiempo aquel en el que, como dije un día, cuando el pregón del Carnaval del Noventaydos, soñando con Calle Mesones, aquello de «rumor de surtidores/ las horas pasando lenta; / ay aquellos lápices de colores/ que nos vendían en la Imprenta», para encontrarnos, más arriba de la Imprenta, pasado Alcaraz, otra institución que no se nos podrá ir jamás de la memoria sentimental de nuestro pueblo, el Hospital de Sor Raimunda y Sor Ramona. El Camisero. esperando la muerte a portagayola de la vida y El Boli en donde hoy está el Butano de Mariló y Pepe Fobelo, más arriba de don Eloy, otra institución de carne y hueso que Dios nos conserve muchos años, y cerquita de la farmacia de don



Nemesio, justamente donde hoy viven Angelita y Felisa, sus hijas, allá que estaba don Juan Melado para que los entonces niños pudiéramos estrenar nuestro primer reloj y quien sabe, sin saberlo entonces, si el despertar de nuestra adolescencia.

Y de allí, aunque antes había estado la relojería donde está la Droguería de El Torero, qué pedazo de aficionado a los toros es, su dueño, y en la esquina de Fobelo, pasó a otro lugar donde se arrebujaaban mil recuerdos: La casa donde -El Cojito nos vendía las pipas- el dorasú y los caramelos que tenían sabor de sesión infantil en el Cervantes o de la sección vermut de una Calle Mesones mil veces soñada.

Ahí, donde ahora la veis, lleva ya la relojería cuarenta y dos años. Allí, en el fondo, el taller que Javier Fajardo cuida como en tiempos lo hizo su padre, para ir dejando pasar el tiempo en los tictacs de tantos relojes marcando las horas mientras, con precisión, nunca mejor dicho, de relojero, ir arreglando, como siempre, los ejes

rotos o ya, en estos tiempos de tanto madeinjapan, ponerle minúsculas pilas a los que, además de dar la hora, te dicen el día, resisten al agua, a los porrazos a lo que le echen y uno, qué le vamos a hacer si uno es así, sigue recordando aquel Blasdo de correílla y, sobre todo, a aquel buen hombre que sonreía cuando veía cómo un niño disfrutaba, más que con zapatos nuevos, con su reloj de pulsera.

Angelita y Felisa, o Felisa y Angelita, toda la vida trabajando, se nos jubilan. Pero no se jubila casa Melado. Ni tampoco pararán sus relojes, aunque se siga empeñando Lucho Gatica desde el recuerdo, porque Casa Melado, no es sólo una relojería o una tienda de regalos, sino la memoria viva de un tiempo ido que marca desde entonces en el tic tac de nuestros corazones. Y, gracias a Dios, va a seguir marcándolos.

Manuel RAMIREZ

ANGEL CARMONA «EL CAMISERO», EL TORERO DE CONSTANTINA

«Mira Juanito, hijo; estoy mal; me ha dado un terenguendengue que me está poniendo para buscar las tablas y yo lo que quiero, Juanito, es lo que tantas veces te he dicho cuando me venían mal dadas: a tu pueblo grulla, aunque sea con una pata. Y aquí estoy, en Madrid, tan lejos. Y no quiero morirme aquí sino allí. ¿Me puedes echar una mano?» Ángel Carmona González, «El Camisero» en los carteles toreros, el hombre que llevó a su pueblo, su Constantina de su alma, en su alma, se veía venir, arrancándose desde lejos y con todas las malas ideas del mundo, el torito incierto que le buscaba las sarmentosas femorales de sus muchos años para, una vez más, aunque no se te cayera el nombre de su pueblo de su boca casi nunca, acordarse de sus raíces e ir a buscar la muerte donde encontró la vida.

Me lo contó mi padre tal como lo transcribo y me relató muchas de sus vivencias con Don Ángel, como le decía todo el mundo en el Café Lion D'Or de Madrid donde tenía una tertulia taurina y adonde iban los ganaderos de postín, o aristócratas como el Conde de Colombí y muchos toreros para escuchar sus consejos y oírle hablar, que era su habla la más taurina que pudiera oírse, con libros escritos como esa «Lexicología Taurina con Similiquitruqui o anda y que lo mate El Tato», que era su habla por escrito, o el imprescindible «Consultor Taurino Universal» que era la mejor guía de la tauromaquia de aquellos tiempos con nombres y apellidos de toda la gente del toro, o aquel «Así los ví yo» que venía a ser un riguroso examen de toda la torería que había visto tanto en activo como de aficionado o de apoderado, para encontrarnos con un hombre, este señor torero que fue un torero señor, curtido en las mil batallas de una durísima profesión como es la de matador de toros y que, por si fuese poco lo que ya era, también fue revistero taurino con muchísimas páginas escritas en el Dígame, que fundara y dirigiera Ricardo García K-Hito, para firmar



estos artículos con un nombre que nos sabe a gloria: Constantino de la Sierra. Por cierto, K-Hito, por mediación de El Camisero, fue un año el mantenedor de la Fiesta de la Cultura y dejó en su libro «Anda que te anda», una definición de nuestro pueblo que es difícilmente mejorable: Constantina blanca de blanca espuma.

Ya hace tiempo que el Ayuntamiento le puso un azulejo y rotuló con su nombre la plaza que está a la verita de la de los toros en un homenaje que perpetúa su memoria y reaviva el recuerdo de quienes le conocimos y de esas generaciones que llegaron después que, por su constantinería constante, le admirarán si sienten en sus venas el latido del cariño a nuestras raíces.

Ahora, en este 2004, cuando se cumple el centenario de su alternativa en la plaza de toros de Huelva, otra vez la Constantina de los buenos recuerdos se acordará de él y él volverá a estar, aunque sea sólo en el pensamiento y la memoria de sus paisanos, en los carteles de nuestra Feria.

Le conocí ya muy mayor y me impresionó su señorío y empaque. Vivía en el Hospital, ya apurando los últimos tragos de su existencia; aunque bien es verdad que llegó como la grulla con una pata y aquí, qué término más torero, se vino arriba y hasta redondeó muchos de sus escritos, guardando todavía fuerzas en su pierna sana para pasear con ese señorío que derramaba tanta torería como si fuese, cada uno de sus paseos, el último paseíllo de su aventurera vida.

Y torero seguirá siendo en el celeste cielo de la gloria de esa Constantina que siempre llevó en el esportón de sus capotes y muletas y en el corazón valiente de quien vivió y murió soñando con ella.

MANUEL RAMÍREZ

NUESTRO PUEBLO, POR MÁS QUE MÁS AÑOS PASEN...



QUISIÉRAMOS más de uno parar las manillas del reloj del tiempo, aunque casi no nos haga ni falta porque por ese tiempo pasado pasamos, por este tiempo presente que pasa seguimos pasando y por ese tiempo futuro vamos ya imaginando lo que pueda ser cuando, a lo largo de nuestra vida, hemos tenido la inmensa fortuna de añorar ese pasado, con lo bueno y con lo malo, con lo triste y con lo alegre, para disfrutar también ese presente que vivimos, con lo que hay y con los que no hay, y desear ese futuro que queremos seguir viviendo en los tres tiempos al mismo tiempo.

De ahí que volvamos y volvamos,

quizás, y sin quizás, porque nunca nos fuimos, porque jamás quisimos irnos y más que pasear por nuestras calles parece que vamos acariciándolas evocando recuerdos, paladeando nostalgias, saboreando añoranzas y comprobando cómo el mismo paso del tiempo, con la exactitud que nos recuerdan las campanadas del reloj de la torre, trayéndonos el sonido de siempre, el que primero oímos al nacer al ladito mismo de la Puerta del Perdón y el último que se nos va de la memoria y de la ternura porque siempre nos estará dando la hora en nuestros sentimientos.

Fueron entonces, en el pasado, las calles que estrenábamos en nuestra niñez, las que anduvimos en las du-



«Piropo a Constantina», son palabra del autor

das de la adolescencia, las que recorrimos en las certezas inciertas de la juventud, las que nos acompañan en la sensatez de la madurez y de las dudas y las que quisiéramos seguir andando, siempre andando, cuando nos vaya llegando la vejez y que ya el librito de papel de fumarnos la vida nos muestre la hoja roja para ir diciéndonos, sin palabras, como si fuese un guiño, la poca o mucha cuerda, quién lo sabe, que nos quede por delante, hasta que Dios quiera y quiera Dios que sin prisas, que aquí hemos venido para durar lo más posible.

Creo que somos muchos, los que tenemos, año arriba o año abajo, la misma edad, que, por más que más años pasen, siempre tendremos el pueblo como referencia y preferencia, como norte de nuestros quereres y esa sensación constante de ir viviendo sobre lo vivido al contemplar nuestro paisaje, o a ponerlo en pie si se nos fue de nuestras calles porque muchos vamos por ellas yendo de la mano de los recuerdos, donde cada esquina tiene su encanto y cada rincón una memoria, unas veces fundidas ya en el sepia de unas épocas ya muy idas y otras que todavía se nos asoman en cualquier recodo para gritarnos, también sin palabras, que allí siguen como siempre y vemos cómo el viejo y querido pueblo se rejuvenece ante nuestros ojos para que no haga falta más que mirarle para entender el mudo lenguaje de sus calles, de sus plazas, de aquellos años que ya se fueron, de los que son y de los que serán, tal vez porque lo soñamos más que lo vivimos, o lo

vivimos soñando, que para el caso es lo mismo, porque desde la Cuesta Blanca hasta la Ermita, o desde el Castillo al Cerro Luna, o desde la Arrecife a la Alameda, lo seguimos viendo como lo vimos, lo vemos tal como lo vemos y hasta damos por seguro que así seguiremos viéndolo en los tiempos que estén por venir el día de mañana porque siempre estará ahí, en pie, blanco como la espuma, frío en los inviernos, precioso cuando llegan los otoños, templado en los veranos y radiante en las primaveras.

Y así será cuando ya no estemos. Con sus pros y con sus contras, con su sabor dulce o agridulce, como novia eterna. Y así, por más que más años pasen, en cuanto vamos llegando a ella, ya sentimos como nos sale del alma lo que en el alma llevamos: La Constantina de nuestros mayores, que ya ha pasado a nuestros hijos, que pasarán con nuestros nietos y seguirá ahí la de nuestras raíces, la de nuestros recuerdos, la de nuestra memoria, la que paladeamos durante toda la vida, la que nos dio el ser y la que nos enamoró desde siempre y para siempre.

Manuel RAMÍREZ

EN BIELORRUSIA SE HABLA Y SE SUEÑA CON CONSTANTINA

Fue en el 2000 cuando llegaron por primera vez. Niños y niñas que bajaban de un autocar teniendo en sus rostros, con los ojos abiertos de par en par tratando de vencer el cansancio de un larguísimo viaje y mostrando dibujadas en sus caras, sin saber ni media palabra en español, la sorpresa de su llegada, la sonrisa de sus semblantes y también el agobio de estar a cinco mil kilómetros de su país, sin saber el idioma, sin conocer a nadie, habiendo dejado atrás a sus familias y encontrándose otro mundo que les esperaba con los brazos de la solidaridad abiertos de par en par porque venían huyendo de las consecuencias gravísimas para su salud de la explosión nuclear de Chernóbyl,

blo encuentren lo que ya es una absoluta y maravillosa realidad: Que en Bielorrusia se habla y se sueña con Constantina y que estos niños y estas niñas, a las que ya, desde el 2000 tenemos entre nosotros, aunque haya caras nuevas todos los años, formen parte de nuestro paisaje y algo todavía más maravilloso: que, a cinco mil kilómetros, haya allí muchos corazones que sueñen con nuestro pueblo y nuestro pueblo sea una referencia exacta en muchos de sus hogares.

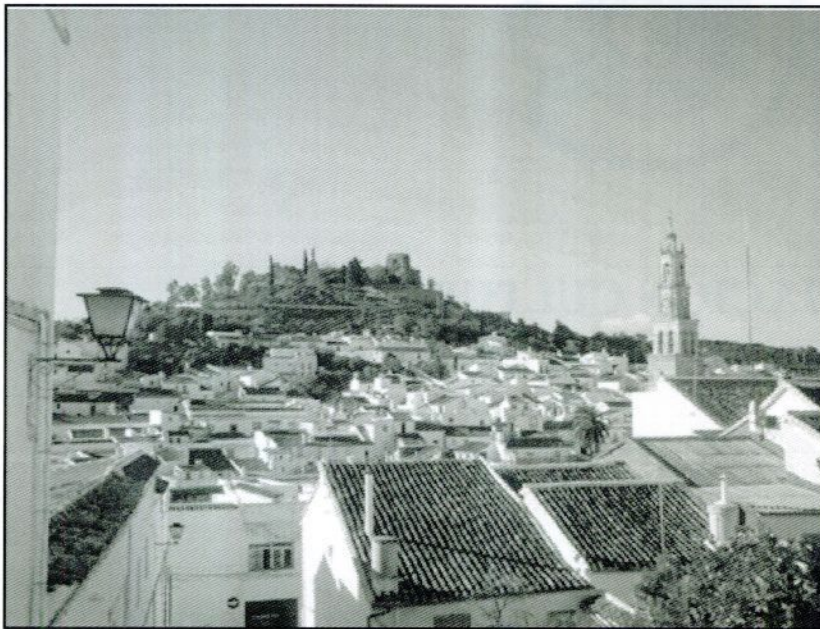
Han ido pasando los años hasta éste del 2006. Hemos ido viendo cómo crecían entre nosotros y hasta qué punto forman ya parte de la familia y de qué manera el pueblo entero se volcó, y sigue volcándose con esta causa y está pendiente de ellos y,

por su parte, cómo le han cogido el aire a nuestra Constantina para que ésta sea su segunda casa y su segunda patria y por acá sigan viniendo mientras podamos, y puedan, para que sepan ellos y ellas, y nosotros también, que nos tienen y tenemos en el corazón por más que más años pasen y ojalá que en esos años que pasen sigan viniendo como vienen.

Ya los vemos todos por nuestras calles. Ya, en muchos casos, no hay que hablarles con signos o gestos porque lo entienden todo y ya eso nos reconforta y, para quienes tenga la mínima duda, que sepan que detrás de cada una de sus sonrisas ha habido, en muchos de ellos, muchos pa-

decimientos y no digo nada si pensamos en la desesperación de sus padres o madres que los tuvieron que mandar tan lejos para que recobraran su salud, desde la incertidumbre de cómo estarían entre nosotros para que sólo con verlos cuando vuelven ya tenga en sus labios un nombre, un pueblo, un sentimiento y una tierra que compartimos llamada con un nombre que a ellos y a nosotros nos sabe a gloria: Constantina.

Manuel RAMÍREZ



en Ucrania, en la que el maldito viento del norte, causó en su bellísima tierra, Bielorrusia, un drama que a durísimas penas se va superando y que sembró y sigue sembrando tremendas enfermedades, muchísimas muertes y una condena maldita de contaminación que sólo puede combatirse en un ambiente sano y limpio como es el nuestro para conseguir que su esperanza de vida se multiplique echándoles no una mano, sino las dos, para que, en estos cuarentaitantos días que conviven con nosotros, mejoren su salud y que en nuestro pue-



**ASOCIACIÓN CULTURAL
GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA**

Constantina, Agosto de 2007



TU PÁGINA, PAPÁ



Sí, papá, tu página, esa página que año tras año has escrito para tu revista. Este es un año más y no podía faltar, primero porque a ti te hubiera disgustado no aportar tu granito de arena por algo de Constantina, y después porque, como siempre, la dirección de la revista se ha vuelto a acordar de esta casa. Por más que nos cueste, papá, tú nos enseñaste a no decir nunca que no, y no podría decirlo ahora aunque el firmar estas líneas me lo ponga tan difícil.

Creo, con ello, cumplir dos objetivos: uno con Constantina, cuya deuda de gratitud es tan grande que nunca podremos tener saldo a favor, y otro. la inmensa satisfacción de ocupar —aunque sea, como mi pluma, de forma tan modesta— tu puesto en esta empresa.

No quiero pasar una línea más sin decirle a nuestros paisanos que aquí no encontrarán las palabras idóneas para mostrarles nuestro agradecimiento, que no lean lo escrito sino lo que yo hubiera deseado saber escribir, pero creo estar seguro —como cuando se habla a un amigo— que así habrán de entenderme.

Este año, como te digo, siendo uno más, es distinto. Distinto porque un día nos dijiste adiós; yo diría que más que adiós fue un hasta luego, ese hasta luego que pueden decir los que tie-

nen la gran fe que tú tuviste y que, gracias a Dios, supiste inculcarnos. Por ello en esta hora no estamos tristes, por ello tu Constantina recobra su alegría y prepara ya un nuevo nueve de agosto, y cuando nuestra Virgen venga camino abajo no estarás esperándola, ya siempre vendrás con Ella, ¿podemos estar tristes por eso?

Constantina no olvida que tú no la olvidaste nunca, y si un día sintió en propia carne tu enfermedad y después tu ausencia, hoy se vuelca en tu recuerdo. Esto no se puede explicar con palabras. Es demasiado para mí. Lo que nos corresponde a nosotros, tus hijos, es el procurar imitarte, el mantenernos fiel a tu idea y a tu vida. Esa vida que tuvo siempre como norte y guía una ermita, una torre, unas gentes. No es fácil, papá, nos lo has puesto muy alto con tu fabuloso ejemplo, pero no podríamos nunca sentirnos satisfechos si no intentáramos, en todo momento, aportar también nuestro grano de arena por esta ermita, esta torre y estas gentes.

Hasta siempre, papá.

Manuel Ramírez Fdez. de Córdoba



Un Sueño Real

A Manuel Amaya, aficionado y amigo de siempre



Ya me lo habían dicho más de una vez: «Si la ves, no la conoces». Y me picó la curiosidad y el cariño que le tengo. Me decidí a verla aún sabiendo —por su alma de mujer— que no le iba a gustar que la viera a «medio arreglar». No me habían exagerado: era verdad,

Me quedé boquiabierto, como queriendo paladear con gusto su semblante; mirarla con detenimiento; escudriñar sus detalles. Pareció como si desde sus desiertos tendidos, me interrogara insinuante «¿Qué te parezco?», sabiendo de antemano lo que le iba a contestar. «Es que me gusta que me lo digas» —añadió—, y ya no pude callarla: Mira qué barrera me han puesto; y ni lo noto ¿eh?» porque una tenía hechuras...» Me guiñó con picardía y la comprendí.

Toda su historia —la que viví y la que me contaron— se me vino a la mente. Ya por fuera su cara presentaba —desde años atrás— mejor aspecto;

pero fue al entrar cuando sentí la íntima sensación de ver realizado un viejo sueño: un sueño hecho realidad. Un ruedo que vivió tardes de gloria; un ruedo que vio banderillear a Pepote Bienvenida; que hizo matador a Augusto Gómez Júnior; que vibró ante el serio vendaval de un torero mítico: Manolete; que se electrizó con Arruza; que echó a andar por esas plazas al menor de los Peralta; que compuso un cartel gitano —Cagancho, Gitanillo de Triana y Gallito— que envolvió la Alameda en aires de martinete; un ruedo y unos corrales que también sufrieron cuando un chaval de Lora —Antonio Montes— y un torilero —«El Pipa»— hacían presente, una vez más, la tragedia de la Fiesta; que conoció el señorío de Conchita Cintrón y el multicolor espectáculo de los Cuatro Jinetes de la Apoteosis; tantas y tantas tardes que serían imposible de enumerar. Y unos corrales que vivieron anécdotas insospechadas: aquella corrida que se zampó entera entre las sillas del cine... ¿Y los tendidos? Estos tendidos que, en este año de estreno, echarán de menos a tantos buenos aficionados que tantas veces soñaron con verlos, así... Una plaza rejuvenecida, más bonita y con la solera de siempre.

Parecía como si ella me hubiera dejado pensar para añadirme cuando me iba: «¿Has visto?; pues no todo queda ahí: después de los corrales, después del callejón, hay más proyectos. Me van a hacer...» Tan embebido iba en mis pensamientos que no le oí más, pero no me importó; sólo unas palabras me regalaba los oídos; era como si la música subiera ya calle Mesones arriba, al son de un pasodoble y Constantina viviera su fiesta: Un viejo sueño pero...real.

Manuel Ramírez Fernández de Córdoba.
Junio, 1974

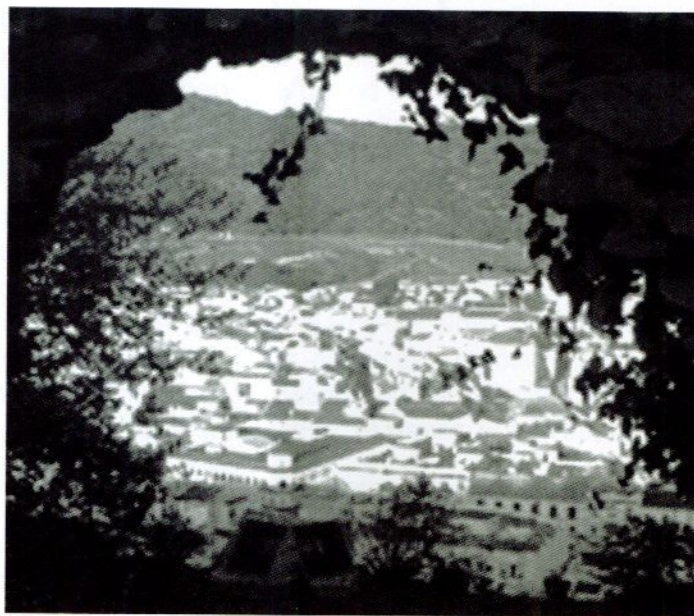
«Natural de... CONSTANTINA»

No sé cuántos niños habrán nacido en nuestro pueblo en los últimos años, Ni lo sé ni he buscado estadísticas que me lo confirmen (entre otras cosas porque, según se sabe, la estadística es una ciencia tan extraña que llega —muchas veces— a afirmar cosas como ésta: si entre dos personas se comen un jamón, cada uno —según esta ciencia— se ha comido la mitad, aunque una, a lo peor, no lo haya ni probado) pero dudo mucho que no se puedan contar con los dedos de la mano los nacidos el año pasado. Que conste que es perfectamente comprensible que se busquen —por cada uno— los adelantos que proporciona el «Virgen del Rocío» o cualquier otro centro; pero, por otra parte, es perfectamente incomprensible que nuestro pueblo —o nuestros pueblos, porque no es un fenómeno que se dé exclusivamente en Constantina— se quede sin hijos, sin nacidos en su seno, con la misma facilidad —e incluso mayor

rapidez— que un mal día empezó a quedarse sin su gente; aquella gente, aquellos paisanos nuestros, que tuvieron que buscar —y que casi nadie se va con gusto de su tierra— cobijo en lo que José María Osuna llamó la «novena provincia andaluza».

¿Qué ocurrirá dentro de unos años? Está claro: encontrar un D.N.I. que ponga un el «natural de...» *Constantina*, va a ser más difícil que venderle un ventilador a un esquimal o —por decirlo en plan televisivo— un peine a Kojak.

Y entonces nos convertiremos en una especie de «reserva serrana» (tan rara como el jamón de pata negra) y seremos unos elementos tan extraños que únicamente tendremos «una ventaja»: salir —si es que vuelve— en el «Directísimo» del de los bigotes para contar



¡Si las estadísticas nos pudieran decir cuantas personas han nacido en estas casas...!

nuestras desventuras ante el regocijo de los que van a aplaudir.

Puede que a muchos les interese el nacer en la «capital», porque no les guste ser de pueblo al ser sinónimo —para muchos memos— de «cateto». Son aquellos que temen que, al decir que son de pueblo, se piense de ellos que existe alguna relación entre este hecho y los personajes —boina, faja, garrote y «corderaaaaaa»— que tantas veces (y con «tanta gracia») imitan los caricatos. Bien se puede decir de estos imitadores aquello de «cualquier parecido con la realidad sí es mera coincidencia». Y el que lo dude, que se llegue —de verdad— por un pueblo. Entonces sí que tendrá que poner al día su repertorio y empezar a reírse de sí mismo.

No culpo, en muchos casos, a los que tienen ese complejo de inferioridad, porque creo que —en cierto modo— se han visto obligados por el ambiente. Igual pasa, por poner un ejemplo, con el habla. El andaluz —¡tantas veces

parodiado sin ton ni son!— ha llegado a frustrarse (que es palabra que se usa mucho en la capital, venga o no a cuento) por su habla, y ha pretendido —por temor a risas de los «enterados»— pronunciar como no sabe ni tiene por qué saber.

Y es una tierra ésta que —a pesar de los falsos tópicos del «mi arma», el «osú», la panadereta y la siesta— tiene muchas cosas de las que sentirse ufano y hora es ya de que lo sienta de verdad.

Y hora también de olvidar para siempre —el que lo tenga o haya tenido alguna vez— ese complejo de «cateto» que, con tanta insistencia como poca razón y menos conocimiento, muchos quieren seguir viendo en nosotros los de pueblo.

Manuel RAMÍREZ FDEZ. DE CÓRDOBA

Julio 1976



“AQUELLOS QUE LA CONOCEN Y SIENTEN”...

Verano. Primero de los ochenta. Agosto. Constantina. Carta de la Comisión de Cultura. Un párrafo: «...contando con la valiosa cooperación de aquellos que la conocen y sienten...», y pidiendo, por favor, lo que debiera ser una exigencia: escribir de Constantina.

Quítame lo de valiosa colaboración, pero poner bien grande eso de conocerla y sentirla* Constantina siempre.

A ochenta kilómetros (que también Sevilla me sabe a emigración, exilio laboral, continuo ir-y-venir) me imagino, te imagino, paisano, (Cataluña, Alemania, dondequieraquesea...) lo que sentirás si sientes porque te enseñaran a sentir.

Calle a calle, casa a casa, paso a paso lo nuevo, lo que queda, el pellizco de la niñez, mi gente, mi pueblo, mi Virgen (dejadme el posesivo del corazón, llevar en el alma un sabor serrano que me paladea y no me cansa).

He dejado desparramar los pensamientos, volar los nombres, fundir imágenes, salpicar recuerdos, soñarla. Un puñado de rincones, las cales, el sol, las sombras, los fríos.

Aquel Colegio de las Hermanas, mi inolvidable don Francisco, la Infantil, Jeromo y Antonio los esparteros, la Cuesta Blanca, Callepeso, El Castillo, Padre Félix-no-sevaya-usted, El Monumento, Constantina es un jardín y sus niñas son las rosas y Jesús el Jardinero..., Lalameda, El Cerroluna. Los Pozosdelanieve, carreterita de Cazalla, Llanolsó, El Gurugú, La Fuentelospatos, Ermita, Callemesones, Pinodoro, la Feria, recuerdos de El Hombre Gordo, música calle arriba, hora de la siesta, pasodoble torero, todos los chavales detrás, marcando el paso, soñando con Don Tancredo, el búcaro, pueblo con la puerta entornada, ausencias, tortas-madalenas-bollitos-de-leche, carro de la nieve, sesión vermú, los Cruzados del Padre Ibáñez, El Pilar, ay Jardín de Santana, La Yedra, Los Callejones, Torricos, Fuentenueva, Las Almenas, Jesús, La Concepción, Catequésis, Salón Rodrigo. Fiesta de la Cultura, tracas, Los Pinos, Ventorrillo Papafrita, Larrecife, Villamparo, aquel Banco de azulejos verdes, tejaditos de corcho. La Imprenta, La Pajarita, Casa Boli, foto de Manolete, Casalcaraz, polos de menta, napolitanos, cortes de tutti-frutti, granizada, el tri-tri-tri de las tijeras de Eloy, paseo arriba, paseo abajo, veladores, Alborada Gallega de Carmelita López, Madre óyeme, tu plegaria es un grito en la noche, Al Cielo con Ella Manolo Grados, turrone de David Soto, ambigú de Cazipesca, retumban-palo-palo-palito, palo-palito-palo, é- altavoces de Labradores, baja la brisa de la Carlina, se ha iluminado el Arco, Tómbola del Cubo, Virgen del Robledo de Constantina faro. El Cano guarda los coches a ritmo de bamba, el cigarro increíblemente puesto en los labios, Juan Cachanito se habla en su soledad solemne, Kiko guarda su eterna sonrisa de chaval, mi pueblo, mi gente, mi alma.

Para bailar la bamba se necesita, cine Santana, cambio de rollo, dos paquetes de pipas, buscando la tapia para el calorcito, Gigantes y Cabezudos, Diana, Carreras de sacos, con permiso de la autoridad y si el tiempo no lo impide, se celebrará una magnífica corrida de toros, doblan las campanas, cornetas y tambores, el Encuentro, Costaleros del alma, bullicio de Club Juvenil, la Constantina que pide paso. Estadio Municipal de los Pinos, el ring del Depósito de Agua, Tirolplato, Nuevedagosto, coro de campanilleros. El Directo, Colegio Menor, La Carretería, Campobajo, Barrionuevo, El Consultorio, Cuartelillo de los Municipales, La Llave, el Bazar, nombres, rincones, pueblo y pueblo.

Constantina, cambio, Manuel, tu Giralda por mi pueblo y te canto la misma copla, el mismo desgarró:

Constantina, cuando yo muera, vendré a acariciar tu cuerpo vestido de primavera...

MANUEL RAMIREZ FDEZ. DE CÓRDOBA

VENIR

Es el rito de cada año, de cada agosto. Y así, mientras el cuerpo aguante que ganas no falta, ni pueden faltar. Es el venir, un año, otro, otro. Todos. Y cada año. Escribo en vísperas de nueve de agosto. Acababa de llegar. Los primeros paseos por calle Mesones, los saludos, ¿ya estamos aquí? Ya estamos, claro. Los conocidos. Ya será mañana –que mañana, para mí, ahora mismo, es nueve de agosto– cuando la memoria de cada cual pasará lista, contará los que no pudieron venir, los que se fueron para siempre, los que anden lejos, los que, donde quiera que estén –lejos, cerca, qué más da– suspirarán un ratito y miraran con los ojos del alma acá arriba, al Robledo.

Es venir. Venir y venir. Que sí, que de acuerdo, que la playa tira de mucha gente. Peor para ella. Que sí, que de acuerdo, que ni falta que hace que el turismo de domingo se nos llegue. Acá los forasteros de siempre, que son siempre casi los mismos. Y nos hace falta más. Con ellos, cada año, cubrimos con el cupo de turistas y, eso sí, con los nuestros que se fueron y que bendito sea que vuelvan siempre que pueden.

Y no es solo el venir por un día –por el día–, es apurar el mes de agosto, el calarlo cada momento, el despertar y pasear, dejarse ir a la puerta de un bar –velador, frío lo que sea, ¿qué tiene usted de tapa?– y dejar pasar al pueblo y que el pueblo te pase. Es como –palabra de moda– una reconversión espiritual tan necesaria como ansiada; es –me pasa, y sé que le pasa a muchos, bendito sea este pasar– no sentir que llegó agosto si no se recalca, el tiempo que sea, poco o mucho, dos días, uno, horas, en esta Constantina que tantos llevamos en el alma.

Y lo dicho: Quizás para no hacer y dejar de hacer. Quizás para simple y llanamente encontrarse cada uno con sus propias nostalgias. Quizás para ver qué queda en el recuerdo de los años cuando se está viviendo al pareo de la prisa más ligera.

Me sobra todo. Me falta pueblo. Es la respiración de cada agosto, el sentir de cada verano. Venir. Venir, siempre venir hasta venir para siempre.

Manuel Ramírez Fernández de Córdoba